

Selección

TERROR

CURTIS GARLAND

NO ENTERRADME HASTA MORIR

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

305— Pánico en Salton Rock. *Joseph Berna.*
306— La casa de las serpientes, *Clark Carrados.*
307— Las orgías de la gaviota caníbal, *Ralph Barby.*
308— Pesadilla de deseo y de sangre, *Burton Hare.*
309— ¡Matad, malditos, matad!. *Clark Carrados.*

NO ENTERRADME HASTA MORIR

CURTIS GARLAND

Colección
SELECCION TERROR n.° 310
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS
MEXICO

ISBN 8402025064
Depósito legal: B. 42.505 — 1978
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: febrero, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N152, Km 21,650)
Barcelona 1979

«¡Horrible, sí, la sospecha, pero más horrible el destino! Puede asegurarse sin vacilación que *ningún* suceso se presta tan terriblemente como la inhumación antes de la muerte, para llevar al colmo de la angustia física y mental.»

El entierro prematuro,

Edgar Allan Poe

CAPÍTULO PRIMERO

ANOCHE soñé que estaba muerto.

Fue un sueño angustioso y terrible, como todos los sueños que uno vive intensamente, hasta despertar bañado en sudor, sacudido por los escalofríos de un horror que va más allá de este mundo y de sus contornos, de todo lo que nos es familiar y querido, empezando por la vida misma.

La vida…

Sí. Nunca pensé que pudiera amarla tanto, hasta que supe lo que era estar muerto, lo que era haberlo perdido todo, definitivamente. Eso sucedió anoche. Anoche, tan sólo. Y, sin embargo, parece ya tan lejano… Tan distante de mí como si una eternidad me separase de aquel momento horrible en que me vi muerto, rodeado por seres vivientes que me ignoraban, que lloraban por mí o que me miraban con esa indiferencia hipócrita con que algunas personas fingen lamentar una muerte.

Fue solamente un sueño, sí. Un sueño horrible, del que desperté angustiado Pero, desgraciadamente, es un sueño que se repite con frecuencia. Y que seguirá repitiéndose vez tras vez, angustiándome y convirtiendo mi vida toda en una pesadilla aún mayor y más angustiosa que la que anoche me asaltó.

Porque ésa será una pesadilla interminable y agobiante, que destruirá mi vida, mis esperanzas, mis ilusiones, mi felicidad toda… si es que finalmente no termina con mi propia existencia, como temo.

Es una obsesión.

Una auténtica y terrible obsesión.

No viene de ahora. Viene ya de lejos. De muy lejos. De cuando era un niño solamente, y viví aquel horror inolvidable, que marcó mi mente y mi vida para siempre.

Fue por culpa de las tradiciones familiares, de las malditas costumbres, de los rituales de los Haversham. De otro modo, tal vez nunca hubiera llegado a enterarme de la tragedia. Y, por tanto nunca hubiese llegado a sufrir aquel tremendo complejo, este trauma que me agobia, me destruye física y moralmente, día a día, desde que ese lejano día de mi infancia, siguiendo la tradición familiar, tuve que asistir, como un varón más de la familia, a la inhumación de los restos mortales de mi infortunada madre.

Tenía en ese momento doce años. Para los Haversham, cumplir doce años significa algo así como empezar a ser hombre, como iniciar un estado adulto, lejos de la auténtica mayoría de edad legal, por supuesto. Pero las leyes nunca significaron gran cosa para un Haversham Nosotros, los Haversham, siempre tuvimos nuestras

propias leyes y, en Haversham Manor, esas leyes eran norma de obligado cumplimiento, gustaran o no. En el fondo, mi familia tuvo siempre algo de feudalista. Los que trabajan nuestras tierras, han de aceptar nuestra legislación, no la que rige en el exterior, más allá de los límites de la vasta propiedad.

El dominio de los Haversham es extenso, y forma, por sí solo, casi un territorio autóctono, con su hacienda principal, su pequeño palacete de los cotos de caza, su villorrio destinado a los trabajadores —siervos, dirían tiempo atrás, y siervos en el fondo eran ahora todavía, al menos a juicio personal mío—, la pequeña capilla y el cercano cementerio, donde los súbditos eran enterrados al morir, y en cuya ala sur se alzaba el panteón familiar de los Haversham, dando su frontis a las demás humildes tumbas dispersas en tierra.

Eso era Haversham Manor, y creo que eso había sido siempre.

Y yo, anoche, me vi entrar en ese panteón, conducido dentro de un féretro, rodeado por cánticos y rezos, sin poder decir a nadie que veía sus rostros, oía sus liturgias y sus lamentos, sentía todo cuanto sucedía a mi alrededor… pero estaba muerto.

Muerto… sabiendo que *no* lo estaba. Muerto, sabiendo que mi muerte era sólo aparente. Como la de mi padre. Como la de otros Haversham, quizás. Porque recordaba nítidamente que el viejo doctor Talbot había comentado eso al abrirse la cripta familiar para enterrar a mi padre:

—La catalepsia acostumbra a ser hereditaria. Habrá que tener eso en cuenta en el futuro para todos los Haversham.

Catalepsia. Muerte aparente.

Esa era mi obsesión, desde entonces, desde el lejano día de mi niñez en que me enfrenté al espectáculo macabro y aterrador, dentro de la vieja, húmeda y lúgubre cripta funeraria de los Haversham…

Porque ese día vi lo que había ocurrido al ser sepultado mi padre. Ese día me enfrenté a una realidad escalofriante, que ya jamás iba a poder olvidar.

La realidad de la muerte aparente. Y su horror indescriptible, más allá de la vida y del mundo de los vivos…

No. Nunca pude olvidar ya aquel trance espantoso. Cuando la losa de mármol se desatornilló, apareciendo en la angosta, reducida cavidad del muro, la astillada caja de difuntos, la madera rota por el esfuerzo titánico del aparente difunto que, utilizando el crucifijo de hierro que dejaran entre sus manos al cerrar el féretro, había logrado astillar la madera sobre los goznes, reventando al fin éstos y saliendo de su ataúd… sólo para morir allí, espantosamente arañado, destrozado por sus propias manos, en la angustia, en la agonía terrorífica del encierro, tras la losa de mármol, a medida que el escaso aire respirable se agotaba en la cavidad.

Así, mi infortunado padre, Neil Haversham, cuando abrimos la fosa al cabo de los años para que, cumpliendo sus últimos deseos, mi madre fuese enterrada junto a él en la cripta familiar, apareció ante nosotros como un cuerpo descarnado, de largos cabellos, uñas desmesuradas y barba crecida sobre el rostro corrompido e informe, de cuencas vaciadas, medio abatido sobre la tapa astillada del féretro, sus manos engarfiadas sobre la losa indestructible, que aparecía surcada de viejas manchas y estrías de sangre seca.

Eran los arañazos de un ser desesperado, intentando surgir de la tumba que se había convertido en celda póstuma de lenta y espantosa muerte. Mi padre debió de tener allí, al despertar de su ataque de catalepsia, una agonía alucinante.

Nadie, absolutamente nadie, llegó a saber que, cuando le enterraron, aún vivía. Tampoco nadie pudo ayudarle en el horror de su segunda y auténtica muerte., luchando contra el encierro mortal donde recuperase la conciencia.

Y allí murió, arañando exasperadamente el mármol que, definitivamente, sería su muro de muerte.

Esa imagen me hizo chillar de pánico en aquel momento. Causé un auténtico caos en la comitiva fúnebre, pero yo no era culpable. Lo era, sobre todo, la situación espantosa que me habían obligado a presenciar. Lo tenía, también, el ritual maldito de mi familia, que exigía de un niño estar presente en ceremonias así. Cierto que nadie podía sospechar lo que hallaríamos tras la lápida, pero no menos cierto era también que un niño no debe asistir a funerales ni nada parecido, y menos, en un ambiente opresivo como el de Haversham Manor.

Pero así estaba dispuesto en las sagradas leyes familiares de mis antepasados, y si los ingleses siempre hemos sido tradicionales en todo, los Haversham, en eso, nos llevábamos la palma. Porque nuestro escudo rezaba, en una orla, de letra gótica:

«Tradición sobre todo. Y, junto a ella, la Fe».

Con ese lema familiar, poco puede uno hacer, y menos cuando sólo cuenta doce años de edad. De modo que tuve que estar allí.

Y ahora…

Ahora me obsesiona el recuerdo de aquel día. Y las palabras del doctor Talbot: «La catalepsia es hereditaria. O lo es en muchos casos…»

Yo no podía dejar de pensar en eso. No dejo de pensar en ello. No puedo evitar que la idea me obsesione. Y cada vez más. Con mayor fuerza. Hasta angustiarme y hacerme tener sueños como ese de anoche.

Sueños en los que me veo, como mi padre, metido en ese ataúd, despertando del sueño de la falsa muerte, para intentar salir, para

morir en frenética lucha contra lo imposible, sintiendo que desgarro mis uñas, mis dedos todos, en el esfuerzo titánico contra la madera o contra la losa, hasta morir luego revoleándome, soltando espumarajos de rabia, convulsionándome en la oquedad sombría de la tumba, olvidado e ignorado de todos…

Eso es lo que temo. Eso es lo que me obsesiona.

Eso es, quizás, lo que un día puede llegar a suceder me. Y entonces…

*

—¿Qué te preocupa, Edgar?

—Nada, Daphne —fue mi respuesta—. Pensaba, sencillamente.

—¿En mí?

—En ti no necesito pensar. Estás aquí. Te tengo a mi lado.

—Siento celos de tus pensamientos —musitó ella con voz apagada, apoyando su mano en mi hombro. Me miró tiernamente, con sus pupilas verdes, profundas—. No pensarás en otra mujer…

—No, claro que no —sonreí—. No es nada de eso, te lo aseguro

—¿No piensas en Ivory nunca?

—¿Ivory? —me sorprendí—. ¿En mi prima? No, nunca pienso en ella como en una mujer.

—Pues lo es. Y muy bonita. Además, le gusta realzar su belleza. Y yo no le caigo bien.

—Figuraciones tuyas, querida —reí—. Ivory es familia mía. Y está aquí solamente de visita, para nuestra fiesta de esponsales. ¿Por qué habría de mirarte mal a ti? Fuimos compañeros de juego, siendo niños. De eso hace mucho tiempo ya. Me tiene afecto. Es todo.

—¿Y tú?

—La quiero como a una pariente. Nada más. En mi familia se casaron algunos parientes entre sí, pero nunca me gustó esa idea.

—Ivory ni siquiera es una Haversham…

—No, no lo es —convine—. Su apellido es Parker porque mi tío Compton Parker fue el marido de la hermana de papá. Y ahora es el viudo de una Haversham padre de una Parker. Es un parentesco demasiado próximo para que jamás se me haya ocurrido contraer matrimonio con ella. Las familias que se casan con miembros propios terminan siempre degenerando.

—Me tranquilizas —sonrió ella—. Pero aún no sé en lo que pensabas…

—Oh, en nada importante. Cosas mías.

—¿No me cuentas tus cosas, siendo cómo vamos a ser marido y mujer, sólo dentro de una semana?

—No te gustarían. Son cosas algo… macabras.

—¿Macabras? ¿Tú piensas así? Sólo tienes veintisiete años, Edgar…

—Lo sé. Pero no puedo evitar ciertos pensamientos. Es algo que me preocupó siempre y está fijo en mi mente. Olvídalo. Sigamos nuestro paseo. No merece la pena pensar en tonterías.

Seguimos caminando por el jardín amplio y frondoso de la mansión. Era un excelente día de primavera, con un sol radiante y un grato olor en los campos. A nuestra espalda quedaba la casa de ladrillos rojos y tejado de pizarra, las caballerizas y la vivienda de los criados. Delante nuestro, un verde prado se extendía hasta los límites de la finca de los Haversham.

A mi lado, Daphne, mi prometida, era una suave figura, casi alada, al moverse sus pies bajo el amplio vuelo de las faldas crujientes, color malva. La pamela, sobre su cabeza de cabellos rojos, prestaba una sombra también malva a su rostro ovalado, de grandes ojos verdes y labios gordezuelos.

Tenía todos los motivos para sentirme feliz en esos momentos. Era un hombre joven, rico, apreciado en la región, con una novia hermosa que pronto iba a convertirse en mi mujer. Y, sin embargo…

Sin embargo, todavía, dentro de mí, existía aquella sombra, aquella incertidumbre pavorosa que parecía condicionar trágicamente toda mi vida.

El miedo.

El miedo a morir… sin estar muerto.

¿Por qué esa maldita obsesión, esa pesadilla estremecedora, que me hacía sentir el más infortunado y temeroso de los hombres, sin motivo real para ello?

Incluso ella se daba cuenta de mis temores, de mis angustias, de lo sombrío y horrible de mis pensamientos. Yo no le había hablado de ello más que una vez, al mencionarle, tiempo atrás, la muerte espantosa que tuvo mi padre. Pero, evidentemente, no había olvidado el hecho. Y quizás la forma misma en que yo se lo narré, o algo que captó en mi expresión, en aquellos momentos, le hizo comprender cuáles eran mis aprensiones, cuál mi idea sobre la posibilidad alucinante de que yo, también, un día, fuese dado clínicamente por muerto, para resucitar luego en mi tumba, en una segunda y definitiva agonía, infinitamente más escalofriante y atroz.

Tras un largo silencio, volví a oír su voz, profunda y melosa:

—Edgar, siempre me gustó tu casa, tus campos, todo lo que es tuyo.

—Y que dentro de una semana, será de ambos —sonreí.

—Eso no cuenta. Lo que te dije es que me gustó y me gusta. Parece un mundo diferente.

—¿A sólo media milla de tus propiedades? —solté una suave

carcajada—. Vamos, Daphne, no hablarás en serio. La finca de tu padre es aún más hermosa que ésta. Y bastante más amplia.

—Eso no importa. La que me gusta es tu casa. Quizás porque posea algo vuestro, de los Haversham. Algo tuyo, en definitiva.

—No sé —me volví, contemplando la casa de rojos ladrillos, las caballerizas, las viviendas de la servidumbre y, sobre todo, el sendero de cipreses, hacia el pequeño cementerio privado, donde se alzaba nuestro panteón. Entorné los ojos, apartándolos rápidamente de aquel punto—. A mí me parece siniestra, a veces.

—¿Siniestra? —repitió ella, asombrada—. ¡Eso es ridículo, Edgar! Tiene color, alegría, una espléndida vegetación…

Se detuvo. Estaba mirándome fijamente. Pareció notar algo en mí. Se acercó más aún, y presionó mi brazo con dulce firmeza.

—Edgar… —sus verdes pupilas se llenaron con la luz radiante del sol matinal—. ¿Qué te ocurre, realmente?

—No, nada —eludí.

—¿Te sientes mal? ¿Enfermo, tal vez?

—No, no es eso.

—No puedes ver el lado triste de las cosas, a no ser porque algo suceda en tu cuerpo… o en tu alma.

—Mi alma… —susurré, pensativo—. Sí, tal vez sea ella la que esté enferma, Daphne. Y contra esas dolencias, no hay médicos que valgan.

—Es una insensatez, querido. Debes sentirte feliz, alegre, mirar a la vida con entusiasmo. Recuerda que sólo falta una semana para nuestra boda… y yo, estando a tu lado, nunca, *nunca*, permitiría que te ocurriese nada parecido a… a lo que le ocurrió a tu padre.

Me estremecí. Era cierto. Ella lo había sabido siempre. Sabía cuál era mi gran preocupación. La miré, casi con gratitud. Tomé sus manos impetuosamente.

—Daphne… —susurré—. Daphne, gracias… ¿Te diste cuenta…?

—De todo. Me preocupo por ti, Edgar. No podía pasar por alto lo que te sucede. También Jonathan me habló de ello, un día.

—¿Jonathan? El fiel Jonathan. —sonreí—. No debió hacerlo.

—No le riñas por eso. Yo creo que hizo bien. Era un recelo que yo tenía, y él me lo confirmó, cuando le hice una pregunta. Es mejor saber lo que te preocupa, Edgar, para combatirlo los dos juntos.

—Quizá tengas razón. Pero no quisiera preocuparte a ti también…

—Por el contrario: lo que se trata es de no preocuparnos ninguno, porque ahora sabes que conozco tu problema, y puedo ayudarte a combatirlo eficazmente. Confía en mí. Siempre velaré por ti. Incluso en el peor de los casos, que no tiene por qué presentarse nunca.

—Daphne, ¿de verdad… de verdad esperarás a sepultarme, si algún día parezco muerto… para poder así estar seguros de que fue realmente la muerte y no la catalepsia la que…?

—Edgar, tienes mi palabra —me cortó ella—. No temas nada en el futuro. Tu esposa haría lo imposible por ti, en un caso semejante. Sólo que… no debes sufrir. Porque esa situación no se presentará nunca.

Hubiera querido tener su alegría de vivir, su firmeza de espíritu, su fe. Pero no era posible. Mis sueños, mis pesadillas, estaban siempre demasiado presentes en mí.

Aun así, sus palabras, dulces y firmes, me dieron ánimos ese día. Tal vez fue el hecho de saber que ella estaría en todo momento cerca de mí. Quizás el sol del espléndido día, influyó en mi ánimo favorablemente.

Lo cierto es que muy pronto, aquella misma noche, todas esas esperanzas se quedaron atrás de nuevo, cuando una nueva sombra siniestra se cernió sobre mi existencia y mi persona.

CAPÍTULO II

JONATHAN, mi mayordomo, había terminado de recoger la vajilla de la mesa, cuando sonó el llamador de la entrada.

Cambié una mirada con él. Y también con mi tío Compton y su hija, Ivory mi prima. Eran mis compañeros de mesa aquella noche, puesto que James, mi hermanastro, se hallaba ausente, en Londres.

—¿Llaman? ¿A estas horas? —me sorprendí, consultando mi reloj de oro, recuerdo de mi padre—. Tal vez James haya regresado de Londres…

—No lo creo —gruñó mi tío Compton—. James sirve para pocas cosas en este mundo, y perdona que sea tan crudo en mis manifestaciones. Pero si para algo sirve tu hermanastro, es precisamente para prolongar sus estancias en Londres más de la cuenta, y gastar sus noches en juergas y bacanales de todo tipo, Seguro que en Soho o en Whitechapel, no habrá nadie más conocido en lupanares o en tugurios de mala nota que nuestro estimado e inútil James.

—Por favor, tío, no me gusta que hables tan mal de él —le reprendí severamente, alzando mis ojos de la mesa—. Y tampoco que le llames «hermanastro». Para mí, él es mi hermano, y nada más.

—Disculpa. Pero para él, tú siempre serás su hermanastro. Y, lo que es peor, serás el que tiene derecho a toda la herencia de los Haversham, puesto que él, aunque sea un Haversham, sólo es hijo de una amante de tu padre, a quien él dio piadosamente su apellido, cuando tu madre se lo permitió. Posteriormente, él murió, y James ni siquiera se molestó en venir al funeral, mientras tú arrostrabas, con tu madre, toda la situación.

—Entonces él era demasiado niño, solamente nueve años. —le traté de excusar.

—Claro. Pero ya era demasiado parecido a su madre, una corista de Bishop’s Gate, disoluta, borracha y frívola hasta la exageración. Crudamente dicho, era una simple ramera.

—¡Tío Compton! —le reproché—. Por favor, reprime tu lenguaje. Está Ivory presente, y…

—Ivory debe saber cómo son las cosas realmente —me objetó secamente mi tío—. Y en realidad, lo sabe. Piensa lo misino que yo sobre James. Entonces, su madre ya le enseñaba a beber alcohol, sin darse cuenta de que era un niño. Así creció luego. Al morir ella, no tardó en presentarse aquí, y reclamar sus derechos, como un Haversham.

—Y se llevó una profunda decepción. Mi padre, en su testamento, todo me lo dejaba a mí, y a él solamente una pensión y unos pocos

bienes para su mayoría de edad. Creo que no fue justo en eso.

—¿Que no lo fue? —resopló Compton Parker, mirándome fijamente—. ¿Qué podría decir yo, entonces, respecto a mi hija Ivory, como sobrina carnal que era, y siendo nosotros una familia arruinada?

—No debes quejarte, tío Compton —sonreí—. Estáis aquí. Sois mi familia. Tenéis todos los derechos, como si fuerais los mismos Haversham.

—Pero sólo gracias a tu generosidad, sobrino. Y eso no es correct9 ni grato. Es como vivir de una limosna. Si algo te ocurriese a ti, ¿qué harían los demás miembros de tu familia?

—Vosotros sois esos miembros. Vosotros y James, pese a todo. No tiene culpa de ser lo que es, tú mismo lo has dicho. Su madre le enseñó a ser disoluto y mujeriego. Ahora, tiene difícil remedio. Si algo me sucede a mí, he pensado en él. Y, por supuesto, también en vosotros. Sois toda mi familia… junto con mi esposa, naturalmente.

—Bueno, *todavía* no es tu esposa —sonrió, con aire ingenuo, mi prima Ivory.

La miré. A veces tenía la rara impresión de que era una criatura perversa y malintencionada, sobre todo al hablar. Pero luego, la angelical dulzura de sus azules ojos y su rubia cabellera a bucles, me hacía comprender que era demasiado desconfiado con ella. Realmente, Ivory era hermosa. Eran comprensibles los celos que pudiera sentir Daphne hacia ella. Pero Ivory era mi prima, y eso hacía insensible a mi persona hacia sus encantos. No quería tener con ella relación alguna que no fuese la puramente familiar. Ni tampoco ella me había mostrado jamás, que yo supiera, una preferencia especial en otro terreno. Aunque, a veces, eso sí, había sorprendido en ella miradas extrañas, demasiado fijas en mi. Claro que eso era algo que procuraba olvidar inmediatamente.

—No, todavía no —admití, con cierta sequedad—, Pero hoy es domingo. El próximo sábado, exactamente, seremos marido y mujer…

Ivory no respondió. Se limitó a sonreír, asintiendo con su rubia cabecita, justo en el momento en que Jonathan volvía al vestíbulo, con gesto algo perplejo. Se quedó mirándome desde la puerta

—¿Sí, Jonathan? —indagué.

—Señor, hay un visitante abajo me dijo mi mayordomo.

—¿Un visitante? ¿A estas horas? ¿Quién es?

—Dijo llamarse Jarvis. Jason Jarvis, señor. Trae un carruaje, que conduce él. Parece muy agotado.

—¿Ha dicho el motivo de su visita?

—No, señor. Sólo insistió en que es importante. Y urgente. Eso es todo.

—¿Quieres que le reciba yo? —sugirió mi tío Compton—. Puedo despacharle en unos momentos, diciéndole que no estás en casa, y

que…

—No, no —rechacé—. Gracias, tío. Bajaré a recibir a ese caballero.

—¿Conoces tú a algún Jason Jarvis? —me preguntó.

—No. Por eso siento mayor curiosidad. Veré a ese hombre, Jonathan. Dile que enseguida me reuniré con él. Hazle pasar a la biblioteca, y que se sirva lo que quiera.

—Bien, señor —Jonathan, respetuoso siempre, se ausentó, con su paso lento y seguro.

Me puse en pie, enjugando mis labios con la servilleta. Mi tío comentó, con ironía:

—Te lo dije. No podía ser James. Ese granuja se hartará de andar por Londres, y en cuanto no tenga una sola libra, volverá hacia aquí dócilmente,

—Lo sé —sonreí—. Ahora, discúlpame, tío. Atenderé a ese visitante nocturno. No sería justo dejarle partir, después de haber venido hasta aquí, a tales horas

—Ten cuidado —avisó mi tío, cuando abandonaba ya el comedor —. Los visitantes nocturnos siempre me dieron mala espina, sobrino.

Me alejé por el corredor. Tomé un candelabro, cuyas velas despedían una viva llama, y entré en mi habitación para tomar algo que, precavidamente, conservaba siempre conmigo, y podía ser útil en la noche, cuando un desconocido visita, sin razón aparente, la casa de uno.

Era un revólver cargado, de negro metal pavonado, que oculté bajo mi levita, encaminándome a la planta baja. Dejé el candelabro en el *hall*, y me encaminé a la puerta de roble de la biblioteca, tras la cual me esperaba mi visitante desconocido.

Entré. El hombre estaba en pie, ante la chimenea. Vestía totalmente' de oscuro, con amplia levita. Había dejado un sombrero de copa alta sobre un mueble, y se frotaba las manos ante el fuego. Observé que éste hacía brillar el negro charolado de sus botas de media caña.

—Buenas noches, caballero —saludé serenamente deteniéndome junto a un quinqué de rosado globo de vidrio esmerilado.

El hombre casi se sobresaltó. Giró su cabeza, y se quedó mirándome. Recortado contra el fuego del hogar, su figura se veía alta y maciza, sin ser gruesa. No podía ver su rostro a contraluz, pero creí captar el destello de unos ojos muy negros.

—Buenas noches —respondió con una voz grave, que resonaba huecamente entre los muros de la biblioteca— ¿Señor Edgar Haversham?

—El mismo —asentí, con una mano apoyada en los botones abrochados de mi levita, como si fuese un gesto habitual en mí. En realidad, lo que hacía era empuñar la culata de mi pistola—. Me

dijeron que quería verme lo antes posible, señor Jarvis…

—Así es.

—¿Nos conocemos de algo, tal vez? —sugerí, tratando de ver algo más que el brillo de aquellas pupilas negras.

—No, de nada, supongo —rechazó, moviendo con energía su cabeza. Tenía el cabello rizoso, también muy oscuro, si no negro del todo, y con largas patillas recortadas.

—¿Entonces? —esperé sus explicaciones, sin dejar de sentirme desconfiado.

—Por favor, no receléis de mí —le oí reír suavemente en la sombra —. No necesitáis estar empuñando ese arma, creedme. ¿No queréis sentaros y hablaremos?

Su perspicacia me sobresaltó y, a la vez, aún me hizo sentir más preocupado. Era un tipo astuto y observador. Le vi moverse por la estancia, la luz le dio entonces en el rostro, y, aparte sus ojos negros, descubrí sus rudas facciones, viriles y enérgicas, de aguileña nariz, boca de labios delgados y frente ancha, surcada de arrugas. Aunque estaba bien afeitado, su barba oscura sombreaba ya sus mejillas y mentón.

Se sentó junto al hogar, al lado de una copa de jerez que le había servido, sin duda, Jonathan. Yo di unos pasos, sintiéndome algo en ridículo, y me acomodé frente a él, retirando mi mano de debajo de la levita.

—Disculpad —me excusé —Pero ignoro quién sois, y debo adoptar ciertas precauciones, cuando un desconocido llega a mi casa a tales horas… Sin duda sabéis que existen muchos forajidos y maleantes por estas regiones.

—Lo sé muy bien —asintió con energía—. No tenéis de qué disculparos conmigo. Yo, en vuestro lugar, hubiera hecho lo mismo. Ahora, vayamos a lo que interesa: vos no me conocéis, ya os lo dije antes. Ni yo a vos. Pero tenía que veros lo antes posible. Es muy importante.

—Importante, ¿para vos?

—Para ambos. Pero, especialmente, para vos, señor Haversham.

—Temo no entender bien.

—Lo comprendo. No es tarea sencilla. Sin embargo, el hecho de que haya venido hasta aquí, desde Londres, sin pérdida de tiempo, os hará comprender la importancia de mi visita.

—¿Desde Londres? —enarqué las cejas—. ¿Se refiere, por casualidad, a mi hermano James?

—No, no. No se refiere a nadie. Solamente a vos mismo, señor Haversham,

—Sigo sin entender…

—Yo, señor Haversham, soy abogado.

—Abogado… —contemplé sorprendido a mi visitante—, ¿Vos?

—Jason Jarvis, de Jarvis & Jarvis, de Londres —asintió, con una sonrisa—. Abogados de la City. Pudimos ponernos en contacto con vos a través de un telegrama o una carta, pero todo eso podía ser interferido fácilmente por alguien. Y el asunto que me trae es particularmente confidencial y grave. Lo suficiente para justificar un viaje contra reloj para veros personalmente. Por cierto, señor Haversham, ¿podéis previamente demostrarme, sin lugar a dudas, que vos sois el auténtico Edgar Haversham, dueño de esta propiedad?

—¿Demostrarlo? —parpadeé, atónito, clavando mis ojos en él—. Señor Jarvis, todo el mundo me conoce en esta región, y no hay por qué dudar de…

—Perdonad. No os ofendáis por ello, pero *yo* no sé quién sois, exactamente. Cualquiera podría suplantar a Edgar Haversham, y engañarme, puesto que antes nunca os vi. Ved mis credenciales. Ellas os demuestran quién soy yo, exactamente.

Tomé un documento que me tendía. Tenía el sello del Colegio de Abogados de Londres, e iba extendido a nombre de Jason Jarvis, abogado. Por si ello fuera poco, un recorte de una publicación ilustrada, me mostró en un óvalo el retrato de un caballero idéntico a mi visitante. Debajo, se leía: «Jason Jarvis, hijo de Jason Jarvis, *sénior*, hoy, doce de agosto de 1888, al fallecer su padre, pasa a ocupar el primer cargo de la sociedad de abogados que regentan, en la City, los hermanos Jarvis.»

Ciertamente, no había duda de que era el mismo hombre. Dos años de distancia apenas si le habían cambiado. Le devolví ambas cosas.

—Muy bien —suspiré—. Comprobado que sois Jason Jarvis en persona. Ahora ved mis documentos.

Le entregué los que llevaba en mi cartera, incluido un poder notarial de meses atrás, para un trámite legal. Los examinó todos atentamente. Estudió la firma, y me miró críticamente.

—Perdonad —dijo—. Un último trámite, y me daré por satisfecho: vuestra firma, ¿no os importa?

Aquel tipo, del que yo apenas nada sabía, empezaba a serme irritante. Pero tomé un papel y tracé mi firma, sin vacilaciones. La comparó con mis documentos. Sonriendo, me devolvió todo ello…

—Gracias —sonrió—. Imagino que estáis pensando muy mal de mí, pero tengo unas instrucciones precisas, y no puedo darlas de lado. Un abogado ha de cumplir siempre lo que un cliente le ordene. Eso es lo que estoy haciendo yo ahora.

—¿Un… cliente? ¿Quién?

—Me perdonaréis que, por el momento, no dé su nombre —encogióse de hombros—. Se me ha rogado mantenga ese punto en secreto, por ahora.

—Son demasiados vuestros secretos, la verdad.

—Lo admito, sí. Demasiados pero no es por culpa mía, ya lo advertiréis. Sencillamente, señor Haversham, he de obrar con sumo tacto, en la cuestión que nos ocupa. Se trata de algo demasiado serio.

—Me gustaría saber, exactamente, de qué se trata —manifesté con acritud.

—¿De veras queréis saberlo ya? —me estudió, vacilante.

—La verdad, sí. Los misterios me irritan. Y más cuando no tengo por qué soportarlos. Creedme, todos esos rodeos vuestros me tienen ya francamente molesto. No sé de nadie que pueda interesarse en Londres por mí, ni tengo el menor interés en ello. De modo que abreviad y soltad lo que sea… o marcharos en buena hora, señor Jarvis. Como veréis, no puedo ser más claro ni tajante.

—Me hago cargo de cómo os sentís, con tan irritante visita —suspiró el hombre, con total serenidad—. Y, sin embargo, amigo mío, cuando sepáis por qué estoy aquí, y lo que está en juego, es posible que cambiéis radicalmente de manera de pensar.

—Es posible. Pero empiezo a sospechar que no me interesa saberlo.

—¿No? —Jarvis enarcó las cejas. Se inclinó hacia mí, y me espetó con toda frialdad—: Mi querido señor Haversham, sabed que el asunto que me trajo aquí os afecta muy directamente, porque se trata de… de vuestra muerte.

CAPÍTULO III

MI muerte.

Otra vez el espectro. El miedo. La sombra siniestra que me aterraba. La muerte. Mi propia muerte…

Las palabras de mi extraño visitante retumbaban en mi mente de modo insistente, mientras me servía un viejo brandy, y él degustaba lentamente su dorado *Cherry*. La atmósfera de la biblioteca, repentinamente, parecía haberse hecho más densa y agobiante. Por contraste, las llamas de la chimenea parecían ahora mucho más frías y lejanas, restando comodidades a la sala de muros cubiertos de recia madera o estanterías repletas de volúmenes.

Paseé sin hacer ruido, sobre la alfombra color granate. Mi visita permanecía sentada, con la luz de los quinqués iluminando parte de su alta figura enlutada, y el resto bañado por el resplandor rojizo de la chimenea.

Tomé un sorbo de brandy. Eso me hizo sentir algo mejor. El bulto de la pistola de tambor en mi levita, no me causaba ningún alivio ahora. Las palabras de Jarvis me sugerían otra clase de muerte, más sutil e indefinible que la que una presencia humana amenazadora pudiera representar.

—Bien —dije, al fin, volviéndome a él y tratando de mostrarme lo más sereno posible—. ¿A qué os referís? ¿Qué clase de muerte habéis mencionado, exactamente?

—La única que yo conozco —la sonrisa de Jason se hizo ambigua —. La muerte, señor Haversham. ¿Necesita clasificación?

—Sí —afirmé—. Se puede morir súbitamente, o con lentitud. Se puede morir por enfermedad o accidente. Se puede morir asesinado. Se puede morir tarde o temprano. La muerte, en sí, lo es todo. Es el fin. Pero no siempre está claro su significado ni su forma de presentarse. A eso me refería.

—Eso, señor Haversham, forma parte de la misión que me ha traído aquí. Debo relataros cómo se os presentará la muerte. Antes de que sea demasiado tarde.

—Todo ello suena bastante absurdo, ¿no creéis? —puntualicé.

—Sinceramente… sí. Bastante absurdo. Vos dijisteis la palabra exacta. Mi misión es absurda en sí. Pero la pagan bien, y debo cumplirla. No sé si es ética o no. Como abogado, tengo un cliente. Y ese cliente quiere notificaros vuestra próxima muerte. Es todo cuanto puedo deciros ahora.

—¿Todo? —me volví, casi indignado. Mi copa vaciló en mí mano, derramando parte de su aromático contenido—. ¿A eso le llamáis *todo*? ¿Habéis venido desde Londres para anunciarme mi muerte

próxima? ¿En qué os fundáis para eso? ¿Cómo puede saber un cliente vuestro que yo voy a morir pronto?

—Para eso también tengo una respuesta —rió suavemente, moviendo su rizosa cabeza de un lado a otro —Pero es mejor que sepáis esperar, señor Haversham.

—¿Esperar? ¿A qué? ¿A qué volváis otro día a continuar esa ridícula historia?

—No. Eso, no. Os lo revelaré pronto, muy pronto. Antes de marcharme de aquí, señor Haversham.

—Entonces, ya podéis hacerlo. Mi paciencia ha terminado, señor Jarvis. Podéis calificarme de grosero y de mal anfitrión, pero os estoy indicando que la entrevista que os concedí toca a su fin. Podéis iros ya. Tengo cosas más importantes que hacer que estar escuchando ahora vuestras misteriosas declaraciones que a nada conducen. Si queréis, terminad con lo que habéis venido a decirme. Si no, marchaos de una vez y dejadme en paz, señor Jarvis.

—Muy bien —bostezó el abogado de Londres, poniéndose lentamente en pie, y dejando su vacía copa, de jerez sobre un mueble inmediato—. No tengo otro remedio que acatar vuestra decisión. Por algo sois el amo de la casa. Me marcho enseguida. Y perdonad toda esta escena que, sin duda, se os antojará desagradable. Sin embargo, creo que es mucho más noble venir a preveniros de un cercano y trágico final, que permitir que éste se presente, sin que vos podáis conocerlo e intentar combatirlo de alguna forma.

—Seguís siendo un enigma viviente, señor Jarvis —me mostré agrio—. ¿Cómo se puede evitar la muerte?

—La vuestra, no lo sé. Es asunto personal de vos mismo. Pero os aclararé lo único que estoy autorizado a deciros en esta visita: *alguien quiere mataros, señor Haversham*. Y lo tiene todo dispuesto al efecto. ¿Os basta eso? Ahora buenas noches, y perdonad tanta molestia.

Me había quedado rígido. Primero pensé en reír, en burlarme de aquellas estúpidas palabras. De repente, me dije que esto no tenía sentido. Pero que, sin embargo, *tenía* que ser cierto. Que no podía ser una broma. Por una broma, nadie viaja de Londres a Blackburn en carruaje, y menos aún, perteneciendo a una importante firma de abogados de la capital.

—¡Esperad! —le detuve con voz firme.

Se paró junto a la salida, dando vueltas a su sombrero entre las manos. Giró la cabeza y me miró. Las llamas se reflejaron, ardientes, en el negro profundo de sus ojos.

—¿Sí, señor Haversham? —quiso saber.

—Debéis perdonarme de nuevo —suspiré—. ¡Estoy nervioso, irritable! Y todo esto es tan insólito… tan sorprendente…

—Lo sé. No tenéis que disculparos. Comparto vuestro modo de

pensar Esperaba aún peor recibimiento. Pero debo cumplir mis instrucciones, al pie de la letra.

—¿Esas instrucciones vuestras están opuestas a una posible permanencia en esta casa durante la noche actual? No podéis iros a estas horas, en plena noche, de regreso a Londres…

—Oh, no —sonrió Jarvis—. Regresaré mañana. Ahora buscaré albergue en la población, y cenaré algo, antes de acostarme. Realmente, me siento muy fatigado.

—Oh, por Dios, soy un necio y un grosero. Venid conmigo. Haré que os sirvan algo de ceba. Luego, podréis disponer de una alcoba para vos, señor Jarvis. Mañana, ya de día, descansado y tranquilo, podéis regresar a Londres. Vuestras palabras son para mí un enigma, pero intentaré vivir alerta en lo sucesivo, por si hay algo de cierto en esa amenazadora posibilidad.

—¿De verdad no os molesta que me quede por esta noche aquí?

—Claro que no, amigo mío —le tomé por el hombro—. Venid, os lo ruego. Me ocuparé de todo. Y disculpad, una vez más.

—Estáis disculpado —sonrió Jarvis, siguiéndome de buen grado—. Ahora os puedo decir algo más.

—¿De veras? —enarqué las cejas, sin dejar de caminar a su lado, hacia el vestíbulo.

—Sí. Guardaos de todo el mundo, incluso de aquellos que más parezcan estimaros. Alguien que esté muy cerca de vos, en determinado momento, os intentará asesinar. Mi cliente está enterado de ello, y me pagó para que os lo avisara.

—¿Por qué no recurrió a la policía?

—Porque la policía no acostumbra a hacer mucho caso de los crímenes que aún no se han cometido —rió entre dientes Jarvis, mientras subíamos la amplia escalera de acceso a la planta alta.

—Existía otro medio menos sofisticado: avisarme directamente a mí, sin recurrir a un abogado. Además, ¿cómo diablos pudo saber alguien en Londres… que a mí pretende matarme alguien?

—Eso no me lo reveló mi cliente. Pero sí lo demás: no puede venir a vos a plantearos el caso, por una serie de razones que él conoce. Yo debía cumplir esa tarea. Y la estoy cumpliendo. Si vos no me creíais, y me echabais de vuestra casa, ahí terminaba toda mi labor. Ahora es diferente.

—¿Queréis decir que, por quedaros esta noche aquí, las cosas cambian?

—Sí, así es. Cambian bastante. Mis instrucciones son pernoctar, sin añadiros una palabra más de lo dicho Pero antes de ausentarme, por la mañana, os entregaré una carta lacrada, en la que se os aclarará mucho más. Lo suficiente, quizás, para salvaros la vida, en un futuro muy cercano.

—Cada vez me asombráis más. —miré al fondo, a la luz del salón donde ahora, sin duda, me esperaban mi tío Compton y mi prima Ivory. Me froté el mentón, pensativo—. Venid, os presentaré a mis parientes más cercanos actualmente. Supongo que tampoco ellos deben saber…

—Tampoco —convino gravemente Jason Jarvis—. Es estrictamente secreto, entre vos y yo. Es lo más prudente. Presentadme como un abogado que os lleva algún asunto especial, o que representa a algún amigo vuestro, cualquier cosa

—Está bien. Les diré algo convincente, no temáis

—le hice pasar, y mis parientes, sorprendidos, miraron al recién llegado. Yo presenté—: Mi tío Compton Parker, y su hija Ivory, mi prima. Queridos, este caballero es el abogado Jason Jarvis, de Londres. Representa a Ian Jordan, un viejo amigo mío de Londres, compañero de estudios en la capital. Está de paso hacia Irlanda, hacia donde embarcará en Blackpool, en breves días.

—Es un placer, señor Jarvis —saludó mi tío Compton, estrechando su mano, mientras Ivory hacía una inclinación de cabeza, a la que correspondió el abogado—. Supongo que se quedará aquí esta noche…

—Por supuesto, tío Compton. Antes, cenará algo. Viene sin probar bocado, con tal de verme y transmitirme los saludos de Ian…

—Por favor, Jonathan se ocupará de eso enseguida —se apresuró mi tío a tirar del cordón de llamada, mientras yo hacía sentar a mi huésped ante una mesa situada frente a la chimenea del gabinete, como improvisado comedor.

Jarvis era un hombre de fácil conversación, que pronto estuvo de animada charla con mi tío y mi prima, siempre en relación a un mismo tema: la vida y la moda en la capital. Yo, con aparente aire de complacencia, escuchaba todo aquello, sin oír nada, en realidad, de tan triviales asuntos. Mi mente estaba ocupada totalmente por una sola idea. Una fantástica y siniestra idea, a la que difícilmente podía adaptarme.

Alguien quería matarme. Y había planeado hacerlo en breve plazo.

Pero ¿cómo podía saberlo el misterioso cliente del abogado Jarvis, allá en Londres, y por qué se había tomado tantas molestias y gastos para advertirme de lo que me acechaba?

—¿Quién era ese cliente de Jarvis & Jarvis y por qué hacía todo esto por mí?

Y, sobre todo, ¿*quién* pretendía asesinarme?

*

Tras una cena, compuesta de consomé, carne con puré de patatas, pastel de manzana y café, aparte el buen vino con que obsequié a mi

huésped, Jason Jarvis fumó un cigarro y se retiró a la alcoba que le había dispuesto al efecto, de acuerdo con mi fiel y eficiente Jonathan, que no hizo pregunta alguna al respecto, como jamás las hacía en caso alguno, limitándose a cumplir mis órdenes con ciega obediencia.

Esa noche, tras despedirme de Jarvis, de mis parientes y del propio Jonathan, que ya había preparado mis ropas y mi lecho, me acosté sin sentir el más mínimo sueño pensando sobre mis párpados. Estaba desvelado, tenso, inquieto.

Ya no era solamente la obsesión de la catalepsia. Era algo más. Otra vez, el aleteo angustioso de la muerte parecía batir cerca de mí, rozándome con sus negras y heladas alas.

La muerte violenta, imprevisible. La muerte, a manos de alguien…

Mil ideas absurdas habían cruzado mi mente. Pensé enseguida en James, de quien tan mal hablaban mis parientes. Mi hermanastro James. ¿Podía ser él quien?

No, no. Inmediatamente dejé de pensar en él como relacionado directo en el asunto. Podían decir de él que era un disoluto y un juerguista, pero en modo alguno podía yo admitir que fuese un criminal, un ser capaz de planear mi propia muerte, fría y deliberadamente.

Claro que entonces quedaban muy pocas posibilidades, pero yo no quería pensar en ellas ahora. No conocía a nadie en Londres, salvo a mi amigo Ian Jordan, que era el primer nombre que se me había ocurrido para aplicárselo al desconocido cliente de Jason Jarvis. Por tanto, existían dos posibilidades para mí insólitas: ¿quién deseaba mi muerte, y quién pretendía evitarla, con su propio dinero y esfuerzo?

Dos misterios en uno. Dos incógnitas, sin posible solución todavía.

Pensando en ellas, comencé a conciliar lentamente el sueño. Tal vez hubiera llegado a dormirme realmente en breves minutos, pese a las emociones vividas últimamente con la visita del misterioso caballero de Londres que me traía noticias sobre mi posible muerte a manos de alguien.

Pero el grito lo evitó.

Fue un alarido, terrible, ronco y desgarrado a la vez. Sobrecogido, con la sangre repentinamente helada en mis venas, salté de la cama como si me disparase un resorte. Me precipité hacia la mesilla, encendí un quinqué con mano temblorosa, y luego me precipité al corredor, de donde estaba seguro que había llegado aquel alarido espantoso, lleno de angustia, de terror, quizás de agonía…

Jonathan apareció pronto por el vestíbulo, portando un candelabro repleto de velas encendidas, y un instante después, las voces de tío Compton y de mi prima Ivory, se unían a las preguntas alarmadas de Jonathan, cuya voz llenó el caserón, rebotando con sordos ecos en sus recios muros:

—¿Qué sucede? ¿Señor Haversham? ¿Está usted bien? ¿Ocurre algo ahí arriba?

—Estoy bien, Jonathan —no pude evitar que mi voz temblara ostensiblemente, al responderle—. No he sido yo quien ha gritado…

—Juraría que vino de ahí —dijo mi tío, señalando hacia el fondo del corredor.

Pegué un respingo, y sentí un repentino e indefinible horror, cuando mis ojos se clavaron en una recia puerta de madera, casi al final del pasillo.

—¡Jarvis! —grité—. ¡El señor Jarvis! ¡Ocupa esa habitación!

Nos lanzamos, presurosos, en esa dirección, temiendo lo peor. Aquel grito no presagiaba nada bueno. Dentro de mí, renovados e indefinibles terrores empezaban a germinar, relacionados con la extraña misión de aquel hombre, en mi propiedad.

Llegados ante la puerta, la golpeé reciamente, sin demasiadas contemplaciones, hasta sentir mis nudillos enrojecidos y doloridos.

—¡Jarvis, abra! —rugí—. ¡Abra enseguida, por el amor de Dios! ¡Jarvis, responda! ¿Le sucede algo? ¡Jarvis!.

Era inútil. No hubo respuesta alguna desde detrás de la sólida puerta de madera claveteada. Nos miramos todos, con una mezcla de angustia y de temor. Ivory, con admirable serenidad, señaló:

—Si algo le sucede, no puede decirlo ni abrir la puerta. Sería mejor derribarla.

—¿Derribar esa puerta? —musité—. Haría falta un ariete para ello. Espera, Ivory. Lo intentaré por la ventana.

—¿La ventana? —se asustó ella—. Pero tendrás que caminar por la cornisa para ello… y es un riesgo demasiado serio, primo Edgar.

—No hay otra solución. Ese hombre puede estar enfermo, necesitado de ayuda… —y sin perder más tiempo, hice un gesto a Jonathan, y me precipité hacia la habitación más próxima a la que ocupaba Jarvis.

Abrí la ventana de vidrios emplomados, y me asomé. La noche no sólo era fría, sino que estaba nublada ahora, y el aire olía a hierba y tierra húmeda. Posiblemente iba a llover en breve. Y cuando en aquellas regiones llovía, eso acostumbraba a ir acompañado de gran aparato eléctrico, en tormentas realmente pavorosas.

Pero todo eso ahora carecía de importancia. Miré la cornisa. Era de vieja piedra, y podía desmoronarse en trozos en cualquier momento. No obstante, se podía caminar por ella con relativa facilidad, ya que tenía más de un pie de anchura. Abajo, el suelo de una amplia terraza asomada a los jardines, era de losas frías y cuadrangulares. Una caída sobre ellas, podía significar la muerte y, en el mejor de los casos, un miembro roto.

—Adelante —suspiré— Alumbre bien, Jonathan.

—Sí, señor —asintió mi criado—. ¿No sería mejor que lo intentara yo?

—No., Usted es más recio, y se sostendría peor en esa cornisa —objeté, saltando el alféizar de la ventana—, Es mejor que lo haga yo…

Empecé a caminar por aquel angosto sendero de vieja piedra. A veces, sentía caer pequeños fragmentos a mi paso, que rebotaban sordamente en las losas de abajo, y no podía evitar un escalofrío. Pero llegué sin novedad a otra ventana de vidrios romboidales emplomados. Era la de Jarvis.

Estaba herméticamente cerrada. Golpeé los vidrios, hasta obtener un hueco lo bastante ancho, e introduje por él mi mano' alzando la falleba de la ventana. Esta quedó franqueada.

Salté al interior de la habitación, apresurándome a encender una de las lámparas de petróleo dispersas por encima de los pesados muebles de la estancia. Su claridad amarillenta invadió la habitación.

Entonces pude ver el espectáculo que se me ofrecía, en todo su espantoso significado.

Entonces supe por qué había gritado Jason Jarvis.

Yacía sobre su amplio lecho, el que yo le había destinado en mi casa. Ahora estaba muerto.

Muerto, con los ojos desorbitados, vidriosos, la boca convulsa, torcida, en un rictus final de horror y agonía.

De su corazón, emergía la empuñadura de marfil de una vieja daga que me era conocida. Miré a una panoplia del muro, situada frente al lecho Sobre el terciopelo rojo oscuro, destacaba nítidamente la mancha más clara, con perfiles de una daga veneciana.

La mano engarfiada del muerto se cerraba sobre la empuñadura afiligranada. Como si él mismo, en un súbito ataque demencial, se hubiese hincado el afilado y largo acero en el pecho, partiendo su corazón por el centro.

Pero yo estuve seguro, en ese mismo momento, de que aquello no era un suicidio. Alguien había hecho aquello. Alguien había matado a Jarvis.

Pero ¿quién?

Porque en la casa sólo éramos cuatro en ese momento: mi tío Compton, mi prima Ivory, Jonathan… y yo Descontando, claro está, a la señora Allgood, la cocinera, y a Peggy Scott, la doncella, que vivían en el ala opuesta del edificio, y prácticamente nunca visitaban la de la familia y los invitados, salvo cuando Peggy tenía que servir algo.

¿Era posible que uno de los tres fuese un asesino? Mi tío, mi prima… o Jonathan, el fiel y bueno de Jonathan Rogers, mi mayordomo…

En ese preciso momento, una voz jovial llamó desde el exterior, por encima del repentino ruido de unos cascos de caballo sobre el

empedrado del jardín.

—¡Eh, los de la casa! ¿Hay algún alma caritativa que abra las puertas de la mansión Haversham a un pobre y aterido viajero nocturno, lleno de frío, de sed y de hambre?

Me quedé sorprendido. Giré la cabeza hacia la ventana, mientras iba a abrir la puerta del dormitorio, para que todos viesen lo que había sido de mi huésped, el abogado Jarvis.

Aquella voz era la de James Haversham, mi hermanastro de Londres.

CAPÍTULO IV

—DIOS mío… Muerto… —susurró James Haversham, muy pálido, contemplando el cadáver—. Es horrible, Edgar…

—Y tan horrible —asentí vagamente, contemplando a mi vez aquel cuerpo que reposaba sobre unas sábanas bañadas en sangre. Me volví despacio hacia mi hermanastro. Clavé mis ojos en él. Mi voz fue algo fría—: ¿Conocías tú de algo a Jason Jarvis?

—¿Yo? ¿A este hombre? —James me dirigió una ojeada de sorpresa. Luego miró al difunto. Estuve seguro de que dudaba, de que algo hacía vacilar su habitual y cínica seguridad en sí mismo. Sin embargo, pensé que tal vez eran figuraciones mías, porque su tono fue tan brusco como firme, cuando me respondió—: No lo he visto en mi vida, Edgar. ¿Por qué se te ocurrió semejante tontería?

—Venía de Londres. Es abogado allí. Pensé que podías tener algo que ver con él.

—Londres no es una aldea, Edgar. No es fácil conocer a todo el mundo. Yo diría que es virtualmente imposible conocer ni siquiera a una parte considerable de gente. Nunca he tenido asuntos con abogados. Cuando mis deudas son grandes, me escapo para que no me encarcelen. Cuando engaño a una jovencita de buena familia, y ella resulta embarazada, desaparezco del mapa por un tiempo, hasta que se olvidan de mí. Pero abogados… No, eso no, Edgar. En absoluto.

No comenté nada. Sin embargo, me extrañaba la súbita llegada de mi hermano, casi pisando los talones a Jarvis. Claro que él acababa de llegar a la casa, y ni siquiera estaba dentro cuando murió el abogado londinense, pero…

—Todo esto es deplorable, Edgar. Pero no logró quitarme el apetito. Y menos aún, la sed.

—Sí, claro —le señalé el corredor—. Vamos, James. Jonathan ha debido prepararte ya algo. Y una habitación, también. Espero que descanses bien.

—Gracias, hermano —me apoyó jovialmente una mano en el hombro, mientras yo cerraba cuidadosamente la puerta y retiraba la llave, a la espera de que el constable Benson, el hombre de la ley en el condado, se presentase al día siguiente, cuando fuese Jonathan en su busca para denunciar el suceso—. ¿No me preguntas por qué estoy aquí ahora?

—Esperaba preguntártelo. Pero supongo que habrá ocasión. Ahora estoy preocupado con ese suicidio, o lo que sea.

—¿Qué quieres decir con *lo que sea*? —se interesó James, parándose en seco'.

—Justamente lo que dije, hermano —suspiré—. No me gusta esto.

No está claro. Un abogado viene a verme misteriosamente, le acojo como a un huésped… y aparece muerto, como si se hubiera matado en un repentino arranque de desesperación o de locura. Te aseguro que cuando se fue a dormir era el hombre más normal del mundo.

—¿Crees que fue… un asesinato? —sugirió James, con un gesto inocente en su rostro de truhán elegante bajo el rebelde cabello, más rubio y encrespado qué el mío.

—Pudo serlo. Pero la puerta estaba cerrada por dentro. Y también la ventana.

—En estas mansiones siempre hay pasadizos ocultos Edgar.

—¿Pasadizos? Yo no conozco ninguno.

—Yo tampoco. Los busqué, de niño, en vano —confesó mi hermano—. Nunca los encontré. Pero existen, seguro que existen. Una moldura en la pared, un panel que cede… y una ruta ignorada hacia alguna parte. Puede haber una de ellas en esa alcoba. Y si alguien lo sabía… sería la respuesta a la incógnita que te inquieta.

—Es una posibilidad. Pero sólo había tres personas en este ala, cuando ocurrió: tío Compton, la prima Ivory y Jonathan. Y yo, naturalmente…

—No te fíes nunca demasiado de tío Compton, A él no le gusto, yo, pero él tampoco me gusta a mí.

—¿Qué quieres decir?

—No, nada. Es una simple observación. La prima Ivory me parece demasiado frágil para clavarle una daga en el corazón a un hombre. Y Jonathan… no puede tener motivo alguno.

—¿Y qué motivo tendría, en ese caso, tío Compton?

—Eso… depende de los motivos que trajeron aquí a ese abogado. Aún no me los has contado, hermano.

—No vale la pena —mentí—. Creo que me dio una excusa. Y no tuvo tiempo de contarme más.

—Lástima —suspiró James—. Seguro que en el verdadero motivo de su viaje, desde Londres aquí, está la razón de su muerte, si ésta no fue un suicidio.

—Bien, ahí tienes tu cena y tu cerveza —le señalé la mesa dispuesta por Jonathan apresuradamente, y alumbrada por dos candelabros—. Te deseo buen apetito, y un buen sueño. Mañana hablaremos más ampliamente de todo esto. Jonathan traerá al constable, y él iniciará la encuesta. Buenas noches, hermano.

—Buenas noches, Edgar —se despidió James—. Y ten cuidado con la posible existencia de un pasadizo secreto en tu dormitorio…

—¿Qué quieres decir?

—Sólo lo que dije —sonrió, guiñándome un ojo—. Eres un hombre rico. Tu muerte nos haría ricos a muchos. ¿Es que nunca pensaste en eso?

Y se sentó a la mesa, con una cínica risita, atacando con fruición su jarra de cerveza y sus alimentos. Yo me retiré en silencio, sin comentar nada.

Pero lo cierto es que las palabras de James seguían dando vueltas en mi cabeza. Y no me gustaba lo que sugerían. Sobre todo, después de saber a lo que vino realmente Jarvis a mí casa…

*

El constable Benson no era una inteligencia privilegiada, ni mucho menos. Pero no se podía negar que era realmente un hombre tenaz, trabajador y metódico. De recia figura, rostro ancho y algo rudo, ojos estrechos y agudos y mentón enérgico, vestía el uniforme sólo raras veces. Personalmente, prefería usar un chaquetón de pana y unos pantalones gastados, con botas hasta cerca de la rodilla. Decía que para moverse por aquellas regiones, era mucho más práctico eso que lucir su uniforme de policía.

Examinó el cadáver y la habitación, hizo una serie de preguntas y concluyó afirmando que los hechos no estaban demasiado claros, aunque el hecho de estar todo cerrado por dentro pudiese sugerir la posibilidad de un suicidio. Yo le oculté también a él la verdadera razón de la visita de Jarvis a casa, pero noté que se quedaba dubitativo, como si advirtiera que algo faltaba en el mosaico mental que se había hecho del asunto.

Un carruaje llegado del pueblo, se llevó el cadáver del infortunado Jason Jarvis. Su equipaje fue revisado por el constable, pero no mostró nada concreto. Sus documentos y objetos personales, no aportaron la menor luz al asunto.

Atraído por el suceso, había venido otro visitante a mi propiedad. Se trataba del doctor David Talbot, el médico de la familia. Un hombre de edad madura, ligeramente avanzada, gran capacidad profesional y aficiones entusiastas hacia la química y la farmacopea.

Examinó el cadáver, antes de ser retirado en el carruaje fúnebre, y me dijo, meneando la cabeza:

—Fue un buen golpe de cuchillo. Le debió partir el corazón en dos, virtualmente. El suicida sabía bien dónde descargar el golpe.

—Eso suponiendo que fuese suicidio —apuntó, ceñudo, el constable Benson.

—¿Cómo? —se extrañó el doctor Talbot—, ¿No lo fue?

—No lo sé, doctor —confesó el policía de la localidad, encogiéndose de hombros—. Lo cierto es que todo está confuso. Si logro aclarar cómo entró alguien en la cámara y pudo cerrar por dentro una vez fuera de la estancia, entonces afirmaré, sin lugar a dudas, que fue un asesinato.

—¿En qué se funda para decir eso? —mostró el doctor Talbot su asombro.

—En la posición de la mano sobre la empuñadura de la daga, en primer lugar. No es la más adecuada para dar semejante fuerza a la cuchillada. Por otro lado, la trayectoria de la hoja, a juzgar por esa misma empuñadura, tampoco está nada clara. Parece que hubiese sido acuchillado, y luego pusieron sus dedos sobre el arma. Pero está el factor de puerta y ventana cerrados.

—Yo sugerí algo al respecto a mi hermano Edgar —terció en ese punto James, mi hermanastro, que había aparecido, sonriente, en la puerta de la mansión—. La existencia posible de un pasadizo secreto, constable.

—Un pasadizo… —el constable Benson sacudió la cabeza—. Sí, pudiera ser. Pero ya pensé en esa posibilidad. He revisado toda la habitación. No vi nada raro.

—De modo que usted también se tomó eso en serio…

—comenté, sorprendido, mirando a Donald Benson con interés.

—¿Por qué no? —sonrió el constable—. Siempre era una posibilidad más, señor Haversham Bien, no les molesto más. Volveré por aquí, si hay algo nuevo o necesito hacerles alguna pregunta. Por cierto, James, ¿cuándo llegó usted a la casa?

—Tengo coartada —sonrió irónico James Haversham—. Edgar lo sabe: cuando llegué, ya había muerto Jarvis…

—Eso no significa nada —suspiró Benson, iniciando la retirada hacia su propio carruaje—. Si existiera ese pasadizo secreto que usted dice… podría conducir desde el dormitorio del difunto… hasta el exterior de la finca, pongamos por caso. Y usted hubiese podido entrar y volver a salir, ¿no es cierto?

—Muy inteligente conclusión, constable —gruñó mi hermanastro, con gesto de sarcasmo—, ¿Ves, Edgar? Ni siquiera yo me libro de sospechas—No vaya tan deprisa —bostezó el constable—. Después de todo, ni siquiera sabemos aún si fue un crimen o un suicidio, realmente.

Se alejó con su carruaje tirado por dos caballos. Nos quedamos mirándole, pensativos y, en el fondo, todos un poco preocupados. La sombra de la muerte violenta, era como un gigantesco buitre sobrevolando con alas invisibles mi propiedad.

—¿Le importa que me quede un rato por aquí, Edgar? —me preguntó el doctor Talbot afablemente—. Su tío Compton me dijo, la semana pasada, que quería que le examinara, ya que su corazón parece que le da algún susto de vez en cuando…

—Por supuesto, doctor —asentí—. También a mí me gustaría hablar con usted.

—Cuando quiera —sonrió—. Pero veo que tiene un aspecto

magnífico, muchacho.

—Por desgracia para nosotros —dijo cínicamente mi hermanastro, soltando una risita al entrar en casa—. Así no hay ni siquiera la esperanza de heredarle…

Como broma, no me gustó. Creo que, con los últimos acontecimientos, estaba perdiendo el sentido del humor. Entramos todos en la casa. La mañana transcurrió tristemente. Si algo agradable tuvo, fue la llegada de Daphne, cerca ya del mediodía. No venía sola, sino con su padre, mi vecino Claude Loring, Ambos habían sabido ya de lo ocurrido en la casa esta noche pasada, y querían conocer detalles del suceso, así como darme ánimos si era preciso.

—Oh, Edgar, ¿cómo ha sido posible esto? —dijo tomándome por las manos efusivamente—. ¿Quién era ese hombre?

Se lo expliqué, ocultándole igualmente los motivos que Jarvis me expusiera la noche antes para justificar su viaje desde Londres. Daphne me escuchó, entre asombrada e inquieta, y capté la preocupación en sus ojos profundos, fijos en mí.

—…Y eso fue todo, querida —suspiré al terminar mi relato—. No logro entenderlo que está sucediendo. Pero confío en que el constable Benson lo aclare. Vamos, daremos un paseo por el jardín, mientras tu padre habla con tío Compton y los demás. Estoy harto de oír cosas sobre el mismo asunto. Es mejor que tú y yo hablemos de nuestras cosas, Daphne

Nos alejamos de la casa, mientras Claude Loring, el padre de mi prometida, escuchaba los comentarios de James, de tío Compton y del doctor Talbot, sobre lo ocurrido.

Estábamos ya algo lejos de la casa, cuando ella me miró, preguntando con voz apagada:

—Edgar, espero que esto no influya en tu ánimo. Me hablaste ayer de tus temores, de tus inquietudes… Veías algo siniestro en esta casa. Tal vez fue una premonición, pero no te afectaba a ti directamente, sino a otra persona… como realmente ha ocurrido.

—Sí, tal vez —admití, evasivo, sin atreverme a revelarle lo que Jarvis me dijera. Después de todo, si yo estaba ya preocupado, no quería preocuparla a ella también—. Dejemos eso ahora. Vale más no pensar en cosas desagradables, ya te lo dije. Hablemos de ti, de mí, de nuestro futuro…

—Sí, Edgar, como quieras —asintió ella, al parecer ilusionada por el hecho de que yo no quisiera hablar de cosas sombrías.

Aquel paseo, aquella charla intrascendente, y el sentir luego, bajo la sombra acogedora de unos tilos, el cuerpo de Daphne contra el mío, y sus labios apretando mi boca, fue lo mejor que para mí tuvieron esas horas tensas, inquietantes que, sin yo saberlo, precedían ya al horror que iba a tocarme vivir muy en breve.

¿O será incongruente e inexacto decir que uno puede «vivir» su propia muerte?

*

—Bien, mi querido Edgar —habló el doctor Talbot, mirándome curiosamente—. ¿Qué es lo que quiere exactamente?

—No hablarle de ese infortunado hombre muerto, sino de mí mismo.

—Le escucho —asintió el médico.

—Tengo motivos para pensar que alguien quiere atentar contra mi vida, doctor.

—¿Qué? —me miró él, boquiabierto, como si me creyera loco.

—Es usted el único en saberlo en esta casa. Incluso mi prometida lo ignora. Apelo a su condición de médico para rogarle el secreto profesional por el momento.

—Cuente con ello. Pero si va a hablarme de nuevo de su temor a la catalepsia, puedo decirle que…

—Espere, doctor. No es sólo eso. Podría suceder que alguien intentase envenenarme, y ello provocara una acción aparentemente letal, antes de producirse en verdad la muerte definitiva. Con lo cual, volvería a tener sentido mi viejo temor.

—Le entiendo. Una dosis escasa de veneno, piensa usted que podría provocar un ataque de catalepsia, en vez de la muerte real, ¿no es eso?

—Sí, doctor. Sobre todo, sabiendo el asesino que yo soy propicio a tal cosa.

—Pero ¿está totalmente seguro de que existe esa persona que desea matarle, Edgar? —dudó aún el doctor Talbot.

—Anoche aún lo dudaba. Ahora, estoy completamente seguro. Apostaría algo a que la misma persona que clavó la daga en el pecho de Jarvis, mi huésped, fue quien resolvió llevar a cabo mi asesinato.

—¿Por qué motivo? ¿Lo sabe?

—No, no sé nada. Ni el nombre, ni los motivos. Podría ser un pariente mío, por intereses económicos. O cualquier otro, no lo sé. Estoy confuso en ese sentido, doctor.

—Resulta lógico, amigo mío. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No es usted un policía, que pueda protegerme de la muerte. Pero he dispuesto que en caso de aparente muerte, esperen hasta tres días para comprobar si realmente he fallecido o no.

—Es una medida prudente. A los tres días, con toda seguridad, se habría producido el fin del estado cataléptico. Si se ha protegido de todo riesgo con esa medida ¿qué otra cosa puedo hacer yo? Lo que necesita, ahora es protegerse de su presunto asesino, sea quien sea.

Viva alerta. No se fíe de nadie.

—No me fiaré, doctor. Pero preferiría estar *seguro* en todo terreno. Es decir, tanto de que puedo defenderme de un intento de asesinato, como de que no llegaré a ser sepultado vivo, contradiciendo mis instrucciones al respecto.

—¿Teme que no cumplan sus parientes lo que usted dispuso?

—Si uno de ellos fuese el asesino… si.

—Entiendo —suspiró el doctor Talbot. Paseó por la estancia, se detuvo un momento, miró hacia mí con expresión meditativa, para terminar señalando: —¿Por qué no hace una prueba, Edgar?

—¿Una… prueba? —repetí, asombrado, mirándole sin haber llegado a entender bien.

—Sí, eso dije. Trate de saber qué sucedería si, realmente, alguien atentara contra su vida con un veneno.

—Eso es fácil decirlo, pero… ¿cómo puede hacerse?

—Eso es cosa mía, si realmente se presta usted al juego.

—¿Qué clase de juego?

—Uno muy sencillo: usted teme que llegue el momento de morir, por si esa muerte es sólo aparenté y le sepultan vivo, ¿no es cierto?

—Bien sabe que sí. El antecedente de mi padre…

—Sí, abre una posibilidad inquietante, aunque no siempre sea infalible esa norma de tipo hereditario. Ahora, escúcheme bien: ¿quiere usted, realmente, prestarse a que le consideren clínicamente muerto… sin llegar a estarlo?

—Por supuesto… Sería un experimento interesante —admití—. En varios sentidos, además. Tal vez ello sirviera para que mi futuro asesino se delatase de alguna forma…

—Exacto. Ello podría permitirnos despejar dos incógnitas a la vez. Y usted, quizás, viviría ya tranquilo el resto de su existencia.

—Pero ¿existe ese medio, doctor?

—Existe, sí.

—¿Un narcótico?

—No, no —negó vivamente—. Demasiado sencillo Ese criminal, si es lo bastante inteligente, sospecharía algo y sería peor. No será un narcótico.

—¿Entonces…?

—Voy a experimentar en usted mi último descubrí miento químico, Edgar.

—¿Un descubrimiento?

—Sí. Un descubrimiento del que me siento orgullo so. Es una droga especial. Ingerida, provoca una especie de paro cardiaco aparente. Pero no es tal. Sin embargo, el cuerpo queda todo en letargo, desaparecen el aliento y el pulso. Clínicamente, cualquier médico daría por muerto a quién hubiese ingerido la droga. Sus efectos duran,

exactamente, veinticuatro horas, durante las cuales, la persona es virtualmente un cadáver. Pero una advertencia, Edgar: la persona sometida a sus efectos, sigue *consciente* en su plenitud. Es decir, puede *oír, sentir*… e incluso *ver*, si tiene sus ojos abiertos. Nada más. No puede moverse, hablar ni dar a entender, a nadie que, realmente, VIVE. ¿Se da exacta cuenta?

—Si—me estremecí—. Puede ser fantástico. O terrible, doctor.

—Exacto. Si nadie supiera de sus efectos y de su naturaleza, esa persona podría ser sepultada sin vacilar, sin estar muerto, y sintiendo todo, hasta pasar los efectos de la droga. Lo cual sería aún mil veces peor que la propia catalepsia, porque el enterrado se daría exacta cuenta de todo, hasta morir.

—¿Usted ha encontrado algo así?

—En efecto, Edgar. Sabe que soy un químico entusiasta. Esa droga apareció casi por casualidad. La he experimentado ya en mí mismo, con resultados excelentes. De acuerdo con mi ama de llaves, por supuesto. No me hubiera gustado que me hallaran así y me enterraran sin más.

—En mi caso… usted sería el encargado de certificar mi muerte, impedir que me sepultaran, si alguien tuviera la idea de hacerlo contraviniendo mi voluntad, y cuidar de que el experimento resultase bien… hasta sus últimas consecuencias, ¿no, doctor?

—Exactamente —sonrió David Talbot, moviendo afirmativamente su canosa cabeza—. ¿Se arriesga a ese peligroso juego, Edgar?

—Más peligrosa es la propia catalepsia. Y el posible asesinato… Sí, me arriesgo sin dudarlo, doctor.

—Bien, amigo mío. Entonces… —apoyó sus manos en mis hombros, afectuosamente, y me miró a los ojos con cordialidad y energía—. Entonces, prepárese para la mayor farsa del mundo. Pero no confíe el secreto a nadie. Absolutamente a nadie, o todo podría fracasar

—¿Ni siquiera a la muchacha que va a ser mi esposa? —sugerí.

—Ni siquiera a ella. Precisamente el dolor de sus deudos tiene que ser lo bastante convincente y sincero para que nadie dude de que lo que sucede es, realmente cierto… En otro caso, no ganaríamos nada con el truco, y lo arriesgaríamos todo.

—De acuerdo —acepté—. Pero Daphne va a sufrir mucho, doctor.

—Más sufriría si ese asesino se saliera con la suya

—Es una razón convincente—admití—. Sí, está bien, doctor. Nadie sabrá nada por mí.

—Ni por mí tampoco, esté bien seguro. Esta noche volveré por aquí con cualquier excusa, y le entregaré la droga Entonces ultimaremos los detalles. ¿De acuerdo?

—De acuerdo en todo —respiré hondo, y añadí, pensativo—:

Espero que resulte bien, doctor.

—Resultará. No sufra por cuando la droga haga su efecto. Yo estaré siempre cerca de usted, por lo que pueda suceder, ¿comprende?

—Sí, doctor. Gracias. No olvidaré nunca lo que está haciendo por mí.

—No tiene importancia —suspiró el viejo médico—. Fui un gran amigo de su padre, Edgar. Siempre me la menté de haber ignorado entonces que los Haversham pudieran sufrir de catalepsia. En el fondo, es una deuda que tengo con la familia. Me sentiría feliz si pudiera, a cambio de aquel grave error médico, devolverle a usted la paz y la seguridad en su futuro.

—Si todo resulta bien lo habrá logrado, doctor, no le quepa duda —dije, estrechando con calor su mano.

CAPÍTULO V

LA cena, pese a todo, resultó bastante animada esa noche. La presencia de Daphne en ella, así como de su padre, Claude Loring, mi rico vecino, quizás contribuyó a ello en gran parte, pese a mi nerviosismo y preocupación.

Además de los Loring, naturalmente, estaban a la mesa mi hermanastro James, mi prima Ivory, cuyas miradas de soslayo a Daphne, radiante de hermosura, eran tan frecuentes como malévolas, mi tío Compton y el constable Benson, este último invitado por mí, ya que había venido a continuar su encuesta sobre la misteriosa y trágica muerte de Jason Jarvis, la noche anterior.

Claude Loring era un conversador ameno y brillante, y él llevaba la mayor parte de la charla en la mesa, quizás para romper un poco la inevitable tensión que en estos momentos nos afectaba a todos los de Haversham Manor.

Yo les contemplaba a todos, en momentos de silencio por mi parte, preguntándome si era posible que alguno entre los que se sentaban a mi mesa podía realmente desear mi muerte. Me resultaba insólito imaginar algo así. Pero Jarvis no pudo mentir. Su propia muerte lo demostraba. El asesino supo que había venido a verme para avisarme, y pensó que llegaba aún a tiempo de silenciar su boca sin que yo llegase a enterarme de nada. Tenía que ser así como sucedió. De otro modo, no tendría sentido nada de todo aquello.

—Pareces distraído por algo, ¿no es cierto, querido Edgar?

—¿Eh? —me sobresalté al sentirme aludido, y miré a quien hablaba. Los ojos de mi futuro suegro se fijaban en mí, risueños, y su boca sonreía con amplitud—. Oh, sí, perdone, Claude. Estaba totalmente abstraído

—Te he notado así durante toda la noche —asintió él—, Comprendo que te preocupe lo ocurrido anoche. El constable decía en estos momentos, y creo que no has llegado a oírlo, que el doctor Watkins, el forense del condado, tras hacer la autopsia hoy, ha podido confirmar las peores sospechas.

—¿De veras? —miré al constable Benson— ¿Fue, entonces… *asesinato*?

—Sí, amigo mío —suspiró Benson—. La trayectoria de la daga no coincide con la posición de la mano, ni ésta, del modo que aferraba el arma, hubiese podido efectivamente tener suficiente fuerza para el golpe. En suma, todo fue preparado por el asesino del señor Jarvis. ¿Eso le dice algo?

—No, ¿qué va a decirme?— musité, encogiéndome de hombros—. Todo esto rae tiene desorientado, confuso… Pero siempre dije que esta

mansión tenía algo horrible dentro de ella. Nunca debí volver a vivir en Haversham Manor.

—¿Por qué no? —se sorprendió Loring—. Es tu casa… tu mundo.

—Es un nido de recuerdos amargos y dolorosos. Cuando fui a estudiar a Londres, me encontré en un mundo diferente. Extraño, al principio, y cautivador luego. Me sentí distinto, alegre y jovial. Luego, al regreso, las sombras de mi casa solamente fueron diluidas y olvidadas gracias a Daphne.

—Entiendo lo que te sucedió, Edgar —asintió Claude Loring—. Fue una infancia bastante penosa la tuya, con lo sucedido entonces. Pero de eso hace ya muchos años. No debes pensar más en ello.

—¿Y en lo de ahora, lo de anoche mismo?

—Eso es diferente… —Loring movió la cabeza afirmativamente—, Pero la casa, el lugar, no tienen la culpa. No existen hados buenos ni malos, Edgar. Las cosas ocurren porque tienen que suceder, y si existe un crimen,

es porque hay un culpable que hubiese terminado de lodos modos con Jarvis, fuese donde fuese.

—Pero ocurrió en esta casa—objeté sombrío. Miré los altos muros, la rica y abundante madera oscura, la mampostería, el artesonado de los altos techos, las luces de petróleo y las velas, alumbrando la amplia sala donde cenábamos. Siempre había mirado la mansión como si ésta fuese un gigantesco monstruo oscuro, dispuesto a devorarme. Nunca, como esta noche, me resultó ominosa, incluso cruel y fría, en su silenciosa insensible hostilidad—. No, no puedo sentirme a gusto aquí.

—¿Piensas, entonces, irte a vivir a alguna otra parte cuantió te cases con Daphne, Edgar? —se interesó mi futuro suegro.

—Sí, eso es seguro. No metería a Daphne en esta casa por nada del mundo. Claude.

—Te aseguro que a tu lado, cualquier sitio sería maravilloso para mi —musitó ella dulcemente, mirándome a los ojos.

—Aun así… siempre será todo más hermoso lejos de Haversham Manor.

—Eso es ofender a tus antepasados, Edgar—me reprendió severamente tío Compton—. ¿No temes que ellos puedan vengarse en ti, alguna vez?

—No, no creo en fantasmas —sonreí—. Los muertos están donde están, en su reposo eterno, y no creo que les importe demasiado lo que yo piense de esta casa. Tal vez alguno de ellos yace ahora en ese pequeño cementerio, sin haber deseado vivir y morir aquí. Alguien tiene que ser el primero en romper tradiciones.

—¿Venderás la casa? —se interesó mi prima Ivory

—Aún no lo sé. Hablaremos de todo eso cuando Daphne y yo

hayamos terminado nuestro viaje de novios —sonreí con mayor dulzura, apretando la mano de mi novia.

—¿Van muy lejos? —era el constable quien se interesaba en ese punto.

—Al continente —dije—. Francia, Suiza Estaremos dos meses fuera de Inglaterra, constable.

—Les deseo lo mejor para esa época maravillosa de sus vidas, amigos míos —suspiró el policía, con un gesto cordial. Luego, arrugó el ceño y me miró, cambiando bruscamente de tema—: Por cierto, volviendo al asunto Jarvis… ¿usted conocía a ese hombre lo suficiente?

—No —confesé—. Anoche lo vi por primera vez. Me dijo que era abogado y necesitaba hablar conmigo de algo muy importante.

—Pero tú dijiste… —se sobresaltó tío Compton.

—No importa lo que yo dije, tío —corté secamente—. El mismo me rogó que no hablase a nadie de nada, y que fingiera que era abogado mío o algo así. Según él, el asunto que le traía aquí era muy confidencial.

—¿No se lo expuso?

—No, constable —esta vez sí mentí fríamente—. Dijo que al día siguiente hablaríamos ampliamente del asunto. Pero ese día no llegó para él, ya lo ha visto

—¿Y no te sugirió algo, no te dio a entender alguna cosa? —el interés de mi tío era vivísimo.

—No, nada en absoluto —sostuve, firme—. Se llevó el secreto a la tumba. Eso, sin duda, debía ser lo que quería el asesino.

Siguió un profundo silencio en la mesa. Nos disponíamos a abandonar el comedor, para tomar unas copas y fumar unos cigarros en la sala contigua, mientras las mujeres charlaban entre sí, aunque creo que Ivory no simpatizaba lo más mínimo con mi prometida.

Miré de soslayo el reloj mural, inquieto. Era ya tardé, casi las nueve. Y el doctor Talbot no había hecho acto de presencia. Las cosas se estaban demorando en exceso. Esta tenía que ser la noche de mi «muerte». No quería aplazar más el apasionante y peligroso experimento.

Estábamos entrando ya en el salón, y Jonathan preparaba, ayudado por la doncella Peggy, los licores y cigarros, cuando sonó la aldaba en el exterior, retumbando sordamente dentro de la mansión.

Respiré aliviado. Ya llegaba Talbot, sin duda alguna. No podía ser otra persona sino él. Jonathan me miró, sorprendido, puesto que no esperaba a nadie.

—Vaya a abrir, Jonathan —le ordené—. Tal vez sea el doctor Talbot.

—¿El doctor a estas horas? —se extrañó tío Compton, mirándome.

—Le dije que viniera, si le era posible —asentí—. No me encuentro muy bien hoy.

—Edgar, querido, ¿te sientes enfermo tal vez? —se alarmó Daphne.

La miré. Descubrí angustia en sus verdes ojos, y sentí un profundo dolor por el sufrimiento que iba a proporcionarle con mi estratagema. Pero no había otro remedio. Aunque cruel, era necesario llevarlo a cabo del modo previsto.

—No, no creo que sea nada serio —sonreí, tocándome el pecho en el lado izquierdo—. Siento palpitaciones y alguna ligera presión en el pecho. No será nada, ya lo verás…

Jonathan estaba abriendo ya la puerta. Me llevé una gran sorpresa cuando los visitantes aparecieron en el umbral.

Porque no era sólo el doctor Talbot quien llegaba a esta hora de la noche, sino un par de personas en su compañía. Dos personas en las que yo no había siquiera pensado ver en mucho tiempo. Un hombre y una mujer.

Una mujer con una silla de inválida, y un hombre de rostro ñero y altísima figura, grandes manos nervudas y crespos cabellos oscuros.

—¡Lady Sue… y Eustace Lambert! —exclamé, asombrado—. ¡Vosotros aquí!

—Mi querido Edgar, ésta es la mayor alegría en mucho tiempo —respondió ella, mientras Eustace, sin apenas esfuerzo, y sin necesitar la ayuda del doctor Talbot, que intentaba colaborar en depositar la silla de ruedas en tierra, se ocupaba de lady Sue Haversham, una mujer de mi apellido y de mi familia, aunque era sólo una lejana pariente, una tíaabuela en cuarto grado o cosa así. Eustace, también pariente lejano, era un Lambert, y los Lambert, como ahora los Parker, habían estado emparentados en el pasado con los Haversham.

—Muchacho, ha sido un largo viaje desde Glasgow —retumbó el vozarrón de Eustace en toda la casa estruendosamente, como en él era costumbre—. Pero ha valido la pena venir, si aún llegamos a tiempo de asistir a tu boda.

—Falta aún casi una semana para el acontecimiento —sonreí, yendo a su encuentro—. Bienvenidos a casa los dos. Ha sido una grata sorpresa. ¿Vinisteis en carruaje, tal vez?,

—No, maldita sea —gruñó Eustace—. Lo hicimos en tren anoche.

—¿Anoche? —indagué.

—Sí —afirmó mi rudo pariente lejano—. Llegamos anoche al oscurecer a Stafford.

—Stafford sólo dista tres millas de aquí. Pudisteis venir ayer mismo

—No, no—rechazó lady Sue vivamente, agitando su mano—. Estaba rendida Nos acostamos nada más llegar y tomar algo en el hotel. Hoy nos levantamos tarde, hice unas compras en la población, y

nos vinimos hacia acá al caer la larde.

—Entonces no habréis cenado

—No hace falta —rechazó Eustace—, Tomamos algo frío en el hotel. Yo me conformaré con una copa y un buen cigarro, y Sue con una taza de té, ¿no es cierto, mi querida amiga?

—Ciertamente —asintió la dama de cabellos blanquísimos, figura enjuta y rostro pequeño y angelical. Me miró sonriente—. Ah, mi querido Edgar, te encuentro magníficamente bien en lo físico, pero con el color algo quebrado…

—Bueno, últimamente me encuentro algo fastidiado —dije, cambiando una mirada significativa con el doctor Talbot, que hizo un imperceptible movimiento afirmativo de cabeza—. Pero creo que será algo pasajero, sin duda.

—Sí, eso seguro —asintió el médico con rapidez—. Por eso he venido ahora a su casa, señores. Debo examinar a mi paciente, por si necesita tratamiento.

Daphne había conocido dos años atrás a lady Sue, y se reunió con ella, poniéndose a charlar amigablemente. Eustace se reunió con nosotros, dominando a todos con su estentórea voz profunda.

Talbot aprovechó el momento para, tras tomar un sorbo, de té, dirigirse a mí en voz lo suficientemente alta para que todos le oyeran:

—Mi querido amigo Edgar, tengo bastante trabajo por hacer aún. ¿Qué le parece si le examino ya ahora?

—Excelente, doctor —asentí—. Podemos pasar a la biblioteca, si gusta.

—De acuerdo. Será sólo un momento. Estoy seguro de que no tiene nada serio.

Desaparecimos en la biblioteca, disculpándonos ante los demás. Era una sala sin ventanas ni otras aberturas que la puerta de acceso. La cerré detrás de nosotros dos y me quedé mirando al doctor Talbot.

—¿Lo ha traído? —indagué.

—Sí, por supuesto —sonrió, extrayendo de su levita un envoltorio cuidadosamente dispuesto—. Aquí está la droga. Es la dosis exacta. No ingiera menos de lo que contiene ese frasquito, Edgar.

—Entiendo —tomé en mis manos el envoltorio, mirándolo con una súbita aprensión indefinible—. ¿Y cuándo…?

—¿Cuándo hará su efecto? —su sonrisa se amplió—. Esté tranquilo. No produce dolor alguno. Sólo unos mareos, un desvanecimiento… y finalmente la pérdida de facultades. Caerá en donde se encuentre en ese momento, totalmente paralizado su cuerpo, pero sin que ello afecte a sus oídos, ojos y pensamiento.

—¿Tarda mucho en presentarse todo ello?

—No, no mucho. Cosa de una hora. Yo procuraré estar donde puedan localizarme, para acudir a atenderle… y certificar su

fallecimiento. No se preocupe, Edgar. Todo saldrá bien, ya lo verá.

—Preferiría ver en torno mío lo más posible

—Lo intentaremos, pero será difícil. Nadie deja a un cadáver con los ojos abiertos. Le cerrarán los párpados. Pero yo intentaré abrirle ligeramente los mismos, lo suficiente para que usted vea, sin que los demás noten que queda una rendija. Si hay suerte, no lo notarán, pero no puedo asegurarle nada. ¿Por qué ese interés en ver a su alrededor?

—Puede ser decisivo. Veré rostros, expresiones en las gentes que visiten la cámara ardiente. Es posible que alguna expresión resulte reveladora, que sirva para conocer mejor, cuando esto haya terminado, quién me quiere de verdad y quién finge. Es lo más apasionante de esta horrible y lúgubre experiencia, ¿no cree, doctor?

—Ciertamente, a pocos hombres les está permitido ver a los demás, desde la muerte —sonrió el doctor Talbot, con buen humor—. Usted será una excepción, y puede sacar grandes conclusiones de ello, estoy seguro.

—Por eso no quiero perderme absolutamente nada de lo que me rodee en esas horas de duelo, cuando todos me crean fuera de este mundo. Será una experiencia inolvidable y aleccionadora, estoy seguro.

—Sí, yo también —suspiró el médico, con gesto pensativo—. Ahora sólo falta pedir que todo salga bien, y esto dé resultado… Tómese la droga, si lo desea, o hágalo más tarde. Saldremos ya. Diré que le he notado algo de tipo cardíaco, y debo medicarle. Eso dará ribetes de verosimilitud a nuestra peripecia…

—Gracias por todo, una vez más, doctor Talbot —le oprimí el hombro cordialmente—. Nunca olvidaré lo que hace por mí en estos momentos.

—Bah, no tiene importancia. Si logra vencer su miedo a la catalepsia, y a la vez contribuyo a que un asesino pague sus culpas, habrá valido la pena gastar esta macabra y terrible broma a sus parientes y amigos…

Asentí, sin poder dejar de pensar en Daphne. Desenvolví el frasco serenamente. Lo miré. Contenía un líquido ambarino, a medio nivel. Destapé el frasco. Talbot hizo un gesto.

—No necesita agua. Tráguelo. Es suficiente. Luego, espere una hora, ya sabe.

Lo tragué, en una decisión súbita. Miré el reloj. Eran las nueve y media. A las diez y media…

—Ya está —resoplé, devolviéndole el frasco vacío.

—Un valiente muchacho, Edgar —aprobó el doctor, guardándolo— Vamos ya. Y suerte

—Dios lo quiera —musité.

Salimos. Puse gesto de preocupación, para lo cual no me hacía

falta ser un Sullivan[1], ni mucho menos. El doctor me seguía, escribiendo con rapidez en un papel.

Todos se volvieron hacia nosotros. Captaron el gesto grave del médico, y mi propia expresión. Daphne, rápida, vino hacia mí, seguida por su padre.

—Edgar… —habló—. ¿Es algo serio?

—Bueno, no tanto, señorita Loring —sonrió, forzado, el médico—. Tendré que examinar más minuciosamente a Edgar en mi consultorio de Stafford. Pero puedo anticiparle ya que es algo de tipo cardíaco.

—Dios mío… —gimió Daphne—. ¿El corazón? ¿Puede ser grave?

—Mi querida señorita Loring, todo lo que afecta a nuestro pobre corazón puede ser grave, pero muchas veces no lo es —suspiró el médico, moviendo la cabeza—. Esperemos que un joven de su fortaleza supere favorablemente cualquier dolencia, y que ésta sea leve, pero hasta no hacer un reconocimiento a fondo, no puedo asegurar nada. De momento, deberá tomar estas medicinas, en previsión de cualquier cosa. Eso es todo, por ahora. Amigo Edgar, recuerde: nada de esfuerzos violentos, nada de fatigarse ni de tomar demasiado alcohol. ¿Le veré mañana?

—Sí, iré a su consultorio a mediodía.

—Le estaré esperando. Buenas noches, señores.

Me estrechó la mano, se despidió de todos, y abandonó la casa. Yo le vi desaparecer tras aquella puerta, con una cierta aprensión. Era como si al tener lejos a aquel hombre, mi seguridad se tambaleara. Recordé que la droga estaba ya en mi cuerpo, quizás iniciando su labor.

—Edgar, cariño —Daphne me tomó de un brazo—. Estoy preocupada

—Vamos, vamos —la tranquilicé con una sonrisa—. No es nada, ya lo verás. Los médicos son, a veces, alarmistas, para que los pacientes obedezcamos mejor sus órdenes, eso es todo.

—De cualquier forma, querido Edgar, debes sentarte y tomar el mínimo posible de licor —terció la voz de Eustace, con autoridad—. Ven, ocupa ese sillón,

—Pero, Eustace, si me encuentro perfectamente —protesté.

No me sirvió de nada. Las manazas de Eustace me obligaron virtualmente a sentarme en la butaca vacía. Era difícil oponerme a un hombre como él.

Tío Compton me sirvió apenas un dedo de brandy en una copa panzuda, comentando, con tono severo:

—Esto no te hará daño, sobrino. Más bien será un buen tónico para tu corazón…

Lo acepté con gratitud. Estaba necesitado de un trago, pero no por mi supuesta dolencia, sino porque ahora si latía mi corazón con

fuerza. La excitación del momento era grande. Estaba a punto de morir, en apariencia. Sería virtualmente un cadáver, dentro de una hora nada más.

¿Qué sucedería luego, cuando no pudiera moverme ni hacer nada, salvo escuchar y, quizás, ver lo que sucedía en torno mío? ¿Qué se sentiría al estar muerto, sabiendo que esa muerte es sólo aparente y que uno ha de volver a la vida irremisiblemente?

Todo aquello me producía un cosquilleo frío en el cuerpo. La tensión era agobiante en mi interior. Notaba un sudor helado empapando mis manos y mi frente. Pero debía aparentar normalidad. Debía de esperar al momento de mi «muerte»…

La velada prosiguió animadamente. La presencia de lady Sue y de Eustace, animó más la tertulia, pese a que el constable Benson se marchaba momentos después, tras hacer un recorrido minucioso por el piso alto, donde muriera Jarvis, de cuyo resultado no nos informó a nadie, marchándose con gesto levemente ceñudo.

Cerca ya de las diez y media, tío Compton manifestó que debíamos retirarnos, en especial por mi estado de salud. Me apresuré a negar vivamente:

—No, no. Por mí, no lo hagan. Me encuentro perfectamente bien —noté un leve mareo, una sensación repentina de nauseas, y mi corazón palpitó con fuerza.

El momento se aproximaba. Sugerí—: si pudiese tomar una copa más… El brandy me sentó bien.

—No, Edgar —rechazó mi prometida, que ya estaba recogiendo sus ropas, mientras su padre apuraba un cigarro, y se disponía a ponerse también en pie—. No debes hacerlo. Es suficiente por esta noche. No cometas imprudencias.

—Está bien —suspiré, mirando de nuevo el reloj del salón—. Seré un muchacho dócil y obediente…

—Y eso que aún no te has casado —rió Claude Loring, con buen humor—. Imagina lo que te espera

Todos reímos su comentario, y en ese momento metió mi prima Ivory su lengua de víbora:

—Pues es fácil evitarlo. Aún está a tiempo de evitarlo. Primo Edgar, ¿por qué no lo piensas mejor y no te casas? Así no tendrás que obedecer a ninguna mujer autoritaria…

Él comentario cayó como una bomba. Todos la miraron con sorpresa y desagrado, yo entre ellos. Daphne arrugó su ceño, con un gesto irritado.

—Creo que has dicho una tontería, Ivory —le reproché fríamente —. Era sólo una broma, y no venía a qué hacer ese comentario.

—No importa, Edgar —suspiró Daphne—, Deja que hable. Las mujeres, cuando sentimos celos, cometemos muchas estupideces.

—¿Celos, yo? —se engalló Ivory, estropeándolo todavía más—. ¿Celos de ti y de Edgar? Querida Daphne, si hubiera querido, él hubiese sido mío y no tuyo.

—Ya basta —corté con acritud, incorporándome—. No cometas más errores, Ivory. Todo esto no tiene sentido.

—Primito querido, si me hubiese entregado a ti, eres tan caballero que te hubieses casado conmigo —dijo Ivory con agresividad— ¿Recuerdas la noche que te emborrachaste, el verano pasado? Te volviste muy afectuoso conmigo, y, cuando me di cuenta, tenías tus manos metidas en mis pechos, y yo te estaba excitando más y más, provocándote con mis caricias. Estas fueron tan audaces, querido, que llegué a bajarte los pantalones…

—¡Ivory! —rugí, airado, encarándome con ella, tras cruzar el salón de varias zancadas, ante la mirada sorprendida y escandalizada de todos—. ¡No sabes lo que estás diciendo! ¡Te ordeno que te calles… o salgas de mi casa ahora mismo!

—Está bien. Me iré de esta fea y vetusta casa, que tanto aborreces. Pero no basta con que tú no recuerdes lo que hiciste durante tu embriaguez de entonces. Yo si lo recuerdo, porque no estaba borracha, y buscaba solamente hacerte mío, para ser tu esposa. Por eso llegué a extremos obscenos, que escandalizarían a todos, para llevarte a la máxima fiebre sexual, querido. Te aseguro que lo hice tan bien, que te arrojaste sobre mí como una fiera, dispuesto a hacerme tuya allí mismo.

—Ivory, hija, creo que Daphne Loring y mi sobrino Edgar tienen razón —terció, congestionado, Compton Parker—. Estás yendo demasiado lejos. Es indigno lo que dices.

—¿Indigno? —rió Ivory, desdeñosa—. Y eso que no os doy detalles que os escandalizarían todavía más. Pero entonces, desgraciadamente, cuando yo me dejaba ya poseer por mi primo, tuvo que aparecer en la sala Peggy, la doncella… y echarlo todo a perder. Me ausenté, avergonzada… y creo que Peggy aprovechó la ocasión para hacer suyo a su amo. ¿No es cierto, querida muchacha?

Se había vuelto a la joven doncella que, con un sollozo, muy pálida, abandonó la estancia. Yo no pude contenerme. Abofeteé en ese momento a Ivory.

El bofetón sonó como un trallazo, confundiéndose con las campanadas de las diez y media en el reloj. Daphne también sollozaba, aunque serena y firme, junto a su padre.

—¡Fuera! —grité a Ivory— ¡Vete ahora mismo de casa!

En ese momento, sentí una punzada en mi corazón, y los ojos se me nublaron. Oí a Daphne, que decía con voz ahogada:

—No tienes que molestarte, Edgar. Ha sido mejor saber eso, conocer cómo es realmente el hombre con quien me voy a casar. No te

culpo de nada. Estabas ebrio, y ella te incitó. Si luego fuiste para esa doncella es porque ya no sabías lo que hacías. Pero, ciertamente, tu primita ha demostrado la clase de mujer que realmente es…

Me volví. Intenté decirle algo. La voz de Loring sonó alarmada:

—¡Edgar! ¡Estás pálido como un muerto! ¡Te tambaleas! ¿Qué te ocurre?

No pude responder. Repentinamente, me sentí lejos de ellos, como flotando. La alfombra vino a mi encuentro cuando caí pesadamente en medio del salón.

Era la hora. La droga había actuado.

Oficial y cínicamente, yo estaba ya muerto.

CAPÍTULO VI

—¡MUERTO! ¡Muerto! ¡No, doctor, no es posible!

—Lo siento, querida Daphne —el doctor Talbot firmó el certificado de defunción, sentado ante el escritorio del rincón. Luego echó arena para secar la tinta, sobre el papel recién extendido— No podemos volver los ojos a la realidad. El corazón le talló. Era más grave de lo que imaginé en principio. Nadie hubiera podido salvarle ya…

—Doctor, él., él temía sufrir como su padre, una…

—¿Catalepsia? —Talbot alzó la cabeza, la miró y arrugó el ceño. Meneó la cabeza, metiendo de nuevo la pluma en el tintero y poniéndose en pie, muy despacio —Sí, ya lo he pensado. Lo mejor sería dejarle sin sepultar varios días.

—¿Cuántos?

—Tres. Eso dará seguridad total. Pero las leyes del condado no permiten una tan larga exposición de los difuntos fuera de su fosa, porque podría provocar infecciones y cosas así al descomponerse el cuerpo.

—Pero él… él quería estar seguro de que no le sepultaban vivo. ¡Quería que tuvieran precauciones con él, si esto llegaba a suceder! —sollozó Daphne amargamente.

—Mire, querida criatura, sólo el juez del condado puede firmar un permiso especial que autorice tal cosa. Y para ello hace falta una petición oficial formal, basada en razones muy concretas.

—¿No podría solicitarlo usted, basándose en la muerte que sufriera su padre?

—Personalmente no estoy seguro del todo de que la catalepsia sea hereditaria. Otros médicos lo niegan rotundamente. El juez no atendería mi petición. Sólo si el propio fallecido hubiese dejado una última voluntad haciendo constar eso, sería posible obtener el permiso judicial.

—¡Creo que Edgar tenía esa voluntad escrita, expresamente para un caso, así!

—Pero el tiempo apremia, Daphne, ¿no se da cuenta? —murmuró el médico, impaciente—. Ha muerto esta noche, a las diez y media. Deberá ser enterrado mañana, a las cinco de la tarde como máximo. Sólo hay ese tiempo para localizar su voluntad y llevarla al juez. ¿Sabe dónde está el documento?

—No… Pero alguien lo sabrá. Quizás el abogado de Edgar, un notario de Stafford, sus parientes…

—¿Él no le dijo a usted a quién entregó ese documento?

—No, no me lo dijo. Pero imagino que puede hallarse en pocas horas…

—¿Le dijo, al menos, que *si* lo había escrito?

—Sí, sí... —Daphne vaciló, de pronto. Su mirada se nubló—. Bueno, me dijo que pensaba hacerlo, que iba a hacerlo...

—Ah... ¿Pensaba hacerlo? ¿Pero lo hizo, realmente?

—No hablarnos más de ello, pero imagino que sí lo hizo, puesto que tanto le preocupaba la cuestión

—Pero él era joven, y no creía que la muerte pudiera estar cerca... —el médico puso una mano en su hombro—. Mi querida amiga, ¿se da cuenta? Ni siquiera sabemos si ese documento existe De todos modos, hablaré con el abogado de los Haversham y con el notario de Stafford, a primera hora de la mañana. Usted hágalo con sus parientes. Si no obtenemos ese documento autógrafo, Edgar Haversham tendrá que ser enterrado forzosamente mañana.

—Mañana... Dios mío... —Daphne rompió a llorar— Dios mío, si no estuviese muerto, sería terrible que llegasen a enterrarlo... *vivo.*

—Lo sé. Pero, legalmente, no puede hacerse nada, si el difunto no lo solicitó así expresamente. La ley está obligada a respetar la última voluntad de un muerto, cuando existe una razón lógica que la sustente. No se apure, querida. Haré cuando esté de mi mano.

—Pero... pero, ¿cabe la posibilidad de que Edgar pueda volver a la vida? ¿De que su muerte sea sólo... aparente? —musitó ella, patética.

El docto: Talbot, evidentemente, vaciló. Tal vez quería ser inexorable, para dar más vigor a la farsa. Pero no fue capaz, ante el dolor de ella, y abrió un portillo a las esperanzas de Daphne:

—No sé. Eso nunca puede saberse a ciencia cierta. Es uno de los grandes misterios que la medicina actual tiene planteados... Pero si quiere mantener la esperanza hágalo. Es posible que su fe sea, a fin de cuentas, recompensada.

—¿Lo dice para darme ánimos, doctor?

—Ni mucho menos. Personalmente, insisto en que ya nada tiene remedio. Me ha visto extender el certificado de defunción, ¿no? Eso es lo único realmente cierto y tangible. Pero siempre existe una leve esperanza, en un caso así

Meneando la cabeza, Talbot tomó por el hombro a Daphne y, casi a viva fuerza, la sacó de allí, ahogando sus sollozos cuanto le era posible.

Me dejaron solo.

Solo en el féretro que acababan de traer de Stafford, y en cuyo interior estaba yo tendido, sobre un lecho acolchado de color lila oscuro. Después de todo, el doctor Talbot había logrado entreabrir los párpados que antes me cerrara tío Compton, al declararme muerto el médico. Y me era posible no sólo oír, sino ver lo que me rodeaba.

Allí, tendido entre cuatro altos y gruesos velones encendidos, dentro del féretro color caoba, yacía mi cuerpo, consciente pero

sometido a una inmovilidad total Indefenso para luchar por mí mismo. Sólo el doctor Talbot me conectaba con la realidad, con la vida.

Yo había escrito esa última voluntad mía, de ser sepultado tres días después de mi muerte, y en la cripta, sin losa encima ni nada que me impidiera salir, si llegaba a forzar la caja en que me hallaba.

Sin embargo, ahora iba a salir de dudas sobre algo: ¿sería capaz la persona a quien hice depositaría de ella de ocultar o negar su existencia, para que yo fuese inhumado en el plazo legal previsto por las leyes del condado?

Estaba seguro de que pronto, muy pronto, iba a tener aquella respuesta.

La única luz, en la cámara ardiente, era la de los cuatro velones y la de un candelabro situado sobre un mueble, al fondo. Podía ver la punta de mis pies, la mortaja con que habían cubierto mi cuerpo…

Estaba muerto… Muerto para todos, menos para el doctor Talbot.

Había comenzado el gran experimento, pero ¿qué consecuencias iba a traer consigo, en aquellas terribles veinticuatro horas?

Eso estaba aún por ver.

*

Era Peggy, Peggy, la doncella.

Había entrado callada, sigilosamente, no mucho después de irse de allí Daphne y el doctor Talbot. La vi a través de los entornados párpados de mis ojos. Descubrí su figura graciosa, juvenil, quizás algo llenita en sus rotundos pechos y marcadas caderas, pero armoniosa y atractiva, sin duda alguna.

Yo nunca me había fijado particularmente en Peggy. Para mí, ella era solamente un número más en el servicio de la casa, y eso bastaba. Una criada, una doncella. Simplemente eso.

De pronto, las cosas habían cambiado algo en mi mente. Tal vez era la situación actual, o quizás el efecto de la droga en mi actividad cerebral… o tan sólo el recuerdo de la desagradable y violenta situación producida aquella noche por culpa de mi prima Ivory, y sus descarnadas y procaces descripciones de una situación que yo había olvidado por completo. Lo cierto es que ahora miré a Peggy de otro modo. Con mirada de hombre, desde el silencio y la quietud de mi muerte aparente.

Realmente era una chica deseable. No era extraño que yo, tras las provocaciones de mi prima, aquella noche veraniega hubiese terminado por sucumbir ante Peggy, mi doncella. Ahora, no sé por qué, me era mucho más fácil recordar lo ocurrido. Y debía reconocer que Ivory no exageró, cuando Peggy nos sorprendió en una posición muy obscena a ambos, si bien Ivory había llevado siempre la

iniciativa. Como ella misma confesara. Creía recordar vagamente que, en el momento de la interrupción, la cabeza rubia de mi prima se hallaba precisamente hundida entre mis piernas, en un alarde de sabiduría sexual, que podía parecer increíble en ella.

—Señorito Haversham… —oí la voz apagada de Peggy, junto a mi féretro—. Oh, señorito… Perdone este atrevimiento, pero tenía que verle a solas antes… antes de perderlo para siempre… Señorito… Dios mío, señorito, permítame que, por última vez, como hice aquella noche del verano, le llame solamente… Edgar. Sí, Edgar… Como si usted y yo hubiéramos podido alguna vez… ser algo más que un gran señor y una criada… ¡Oh Edgar, mi vida! ¡Si hubieras sospechado, alguna vez, lo que llegué a amarte! —se inclinó impulsiva, sobre mi féretro, besando mi frío rostro de cadáver aparente. Sentí sus labios en mi yerta piel, y no pude experimentar reacción física alguna. Sus manos acariciaron mis cabellos tiernamente, y no pude decirle nada, ni tan siquiera mirarla o sentir cosa alguna.

Sollozó. Noté que una lágrima suya, cálida y tenue, golpeaba mi mejilla y resbalaba por ella. Peggy ni lo notó. Me tenía como abrazado. Un atrevimiento que ningún sirviente se hubiera atrevido a llevar a cabo con su señor.

Sin embargo, yo no podía sentir contra ella nada de molestia, irritación o disgusto. Mentalmente, agradecía aquella expresión de ternura, de afecto, aunque sólo fuese el de una simple doncella, porque es grato saber que alguien le quiso a uno, y expresa ese cariño a solas, sin más testigo que el propio difunto. Porque entonces quizás, es la única vez en que uno puede tener fe en el amor de un ser humano.

—Peggy… ¿Cómo te atreves?

La voz sonó apagada, pero firme, rotunda y llena de reproches. Ella exhaló un gemido, asustada, dejó de acariciar mi rostro, mi cuello, mis cabellos, para volverse, con sobresalto, hacia el hombre que acababa de entrar sigilosamente en la cámara, y la contemplaba con ojos de vivo reproche.

—Jonathan… —gimió—. Perdone… Quería despedirme del señorito…

—Peggy, ya ha sido bastante grave lo que esta noche se supo en esta casa, cuando se produjo el ataque del señor… —la censuró él acremente, avanzando unos pasos—, Sabes que el servicio no podemos entrar en la cámara, sin estar presente algún familiar.

—Yo quería verle a solas aunque fuese un instante —musitó ella.

—Mal hecho. Pero, en fin, ya lo has visto —la tomó por el hombro —. Ahora, salgamos. No diré nada a nadie; Peggy. Después de todo, el señor ya ha muerto, y sería injusto que por mi culpa te despidiesen, aunque ya ninguno tenemos el puesto seguro en esta casa, según quién

herede los bienes del señor. Vamos ya, muchacha. Hay que salir de aquí.

Se encaminaron hacia la salida. Ya en ella, Jonathan giró hacia mí su rostro, me contempló largamente en silencio, y luego salió con la doncella, dejándome nuevamente solo en mi fúnebre estancia, con fuerte hedor a cera quemada y a algo aromático, con lo que se había embalsamado el aire ligeramente.

Solo Otra vez solo, como si realmente estuviese muerto. Tendido rígido dentro de la caja oblonga, de madera fuerte y lustrosa. Sobre aquel raso lila, crujiente, que acentuaba mi palidez. Mis manos, cruzadas sobre el pecho.

Empezaba a parecerme todo monstruosamente cruel y malvado. Había ido demasiado lejos en mi experiencia Me preguntaba si lodo aquello no sería, en realidad, la muerte misma, auténtica, sin subterfugios ni engaños, si realmente no me habría tallado el corazón, y ahora ya no habría posibilidad de resurrección jamás.

Después de todo, ¿quién sabe lo que se ve, se siente o se oye *después* de morir? Nadie, que yo sepa, ha vuelto de ese mundo de sombras para revelarlo

Permanecí solo hasta qué varias personas entraron en mi cámara bruscamente. La causa era el constable Donald Benson. El policía, descubriéndose, entró hasta quedar junto a mi féretro. Me contempló largamente, en silencio, rodeado por algunos de mis parientes. Eustace estaba allí, y aunque se esforzaba en hablar bajo, su vozarrón no era fácil de domeñar, y retumbaba huecamente en la lúgubre sala. También vi al tío Compton y a mi prima Ivory.

—Dios mío, parece increíble —comentaba el constable, con ese tono con que todo el mundo habla de los muertos, en casos así… Tan joven… y ya nos ha dejado.

—Fue todo tan repentino… —era mi tío Compton quien hablaba ahora—. Primero, el doctor Talbot, informando que padece del corazón. Luego, de repente, le dio el ataque, tal vez excitado por una desagradable escena familiar que tuvo lugar. Y ya no volvió en sí. Llamamos al doctor, al ver que no se recuperaba, pero cuando llegó, sólo pudo certificar su defunción. Ha sido algo realmente horrible, constable. Una pérdida irremediable. Joven, en vísperas de su boda y ahora yace ahí. Pobre Edgar. Pobre sobrino mío…

¿Era imaginación mía, o su tono resultaba falso, lleno de hipocresía y de fingimiento? No podía saberlo, porque su gesto era compungido, pero sospeché súbitamente de mi tío Compton. Quizás era peor de lo que yo siempre imaginara.

—Me enteré de lo ocurrido, por el doctor Talbot —comentó Benson—, Está buscando, en Stafford, la existencia de un posible documento, suscrito por el difunto.

—¿Un documento? —se extrañó mi tío, mirando al policía.

—Sí, un documento muy especial, que podría servir para demorar tres fechas su inhumación.

—¡Tres fechas! —se escandalizó mi tío—. Pero eso no es posible, constable. Resultaría imposible conservar tanto tiempo un cadáver; habría peligro de que, al descomponerse…

—Sé muy bien lo que piensa, Compton —asintió el policía—. El juez Mulder nunca transigirá ante tal cosa, de no mediar una voluntad expresa del difunto. Pero como el doctor sugiere que pudo haber heredado la catalepsia de su padre…

—¿Catalepsia? —repitió tío Compton, con tono escéptico—. Tonterías, mí querido Benson. Esas cosas no se heredan. Solamente Neil Haversham, mi cuñado, tuvo semejante mal, que yo sepa. ¿Por qué habría de tenerlo Edgar?

—Claro. Pero si él hubiese dispuesto algo así, tendría que cumplirse su última voluntad, y el juez daría su asentimiento. ¿No les dejó a ustedes depositarios de nada parecido, Compton?

—Cielos, claro que no —protestó mi tío vivamente— De ser así, ya se lo hubiese notificado al doctor Talbot. Daphne también está haciendo preguntas sobre lo mismo, y, que yo sepa, nadie posee tal documento. Quizás ni siquiera llegó a ser extendido jamás por mi sobrino, pese a lo mucho que le obsesionaba lo sucedido a su padre.

—Entiendo. En ese caso, todo seguirá sus cauces normales —suspiró el constable—. ¿Cuándo será el entierro, Compton?

—Mañana a las cinco de la tarde —dijo mi tío, con tono de circunstancias—. ¿Asistirá usted?

—Por supuesto. Edgar era un amigo, un buen amigo No faltaré, palabra. Que Dios le haya acogido en su seno, y descanse por siempre en paz…

Era lo que acostumbraba a decirse en tales casos. Se retiró hacia la puerta, tras persignarse ante mi cadáver. Eustace le siguió. Mi tío Compton se quedó atrás, con su hija Ivory, y me dirigió una mirada larga y extraña. En sus labios leí una especie de sonrisa, una mueca indefinible, de triunfo o de burla.

—Me quedo un momento, tío —dijo Ivory, de pronto—. Quiero rezar un momento por Edgar.

—Está bien— suspiró su padre—. No tardes. Te esperamos fuera. Lady Sue sigue con su crisis nerviosa, y puede necesitarte.

Lady Sue… Pobre mujer, pensé. Ella, en su silla de inválida… Pensando en mí, en mi trágico final de aquella noche. Ella, que había venido a mi boda. Ella, que era tan anciana, tan sensible y enferma… Sí, quizás había algo de cruel en todo esto, pensé. Pero había valido la pena hacerlo. Se descubrían tantas cosas, desde mi nueva atalaya, allá en las sombras de la muerte…

La más horrible de todas acababa de confirmarla. Tenía sólo sospechas, pero ahora era certeza.

Mi tío Compton…

El maldito era un granuja sin escrúpulos, un canalla. Porque él… él, precisamente, tenía mi última voluntad, el documento donde yo solicitaba que no se me hiciese un entierro prematuro y, cuando menos, permaneciese cuarenta y ocho horas sin ser sepultado.

Él lo tenía… y acababa de negarlo. Fría y cínicamente, me negaba, a la vez, la posibilidad de salvarme si, como yo temía, llegaba a ser víctima de un ataque de catalepsia.

Mi tío Compton…

Tenía sus motivos para ello… Yo no tenía hecho testamento alguno. Por tanto, él y mi prima Ivory heredarían, junto con James, toda mi fortuna

Dejé de pensar en todo eso que acababa de descubrir. Porque Ivory, mi prima Ivory, estaba haciendo algo que me sorprendió y, en cierto modo, me horrorizó.

Se había desabotonado la blusa y, audazmente, mientras empezaba a jadear, muy pálida, con los ojos en blanco, restregaba sus espléndidos, duros y blancos pechos contra mi frío rostro, hasta poner sus rosados pezones en mi boca, susurrando con lúbricos estremecimientos:

—Edgar, mi Edgar… Sigo deseándote cómo te he deseado siempre… Edgar, primo mío… ¿Es que nunca, en vida, te diste cuenta? Fuiste el gran deseo de mi vida, soñé contigo tantas noches y desperté temblorosa en mi lecho, como si hubiera tenido contigo la más cruenta batalla sexual… Ah, Edgar, me volvías loca con tu sola presencia… Te imaginaba desnudo, apretándome a mi cuerpo. Con mis senos así, en tu rostro, en tus labios… Con todo mi ser entregado a ti… ¡Edgar, mi vida! Incluso muerto, te deseo. Si fuese posible… yacería ahí a tu lado, desnuda, hasta lograr tu posesión… ¡Edgar!

—terminó en un espasmo violento, mientras sus redondos globos de suave carne me oprimían rabiosamente, y su cuerpo, todo, era un estallido de voluptuosidad frenética.

Me quedé aterrado. Descubrir ciertas cosas, llega a causar incluso náuseas. Ivory era una muchacha de aire dulce y romántico. Sin embargo, ahora descubría en ella toda la sexualidad, todos los instintos morbosos, los apetitos desenfrenados, la lujuria que la poseía. No sólo era una ninfómana, capaz de desear hasta la exasperación, sino que no dudaría tan siquiera en ser necrofílica, en desear incluso a un muerto…

Ivory, más calmada tras su explosión de morboso placer, recogió la rotundidad de sus senos, introduciendo ambas esferas de carne en su corpiño, se irguió, pálida y jadeante todavía, me miró con ojos turbios,

y echó a andar hacia la salida, murmurando entre dientes:

—Adiós, Edgar, querido… Esto, ni siquiera tu hermosa novia podrá llegar a sentirlo jamás. Es como si, realmente, hubieras sido mío después de morir…

Salió, cerrando suavemente tras sí. La imaginé fácilmente, con su aire modoso, sólo alterado aquella noche, en su enfrentamiento con Daphne, regresando junto a los demás, quizás representando solamente su dolor, pero sin revelar a nadie sus más hondos e inconfesables sentimientos.

Creo que, de haberme sido posible, me hubiera sentido con los cabellos erizados. Nunca, antes de ahora, había llegado a saber qué era la necrofilia, cómo un ser humano podía llegar a amar y desear a alguien que ya no estaba vivo. Ahora había tenido una prueba evidente de esa aberración en mi propia prima. Mientras el beso y las caricias de Peggy fueron tiernas y emotivas, los excesos de Ivory eran dignos de una mujer anormal, devorada por los apetitos sexuales más desenfrenados.

Nuestra tradición, nuestras moralistas costumbres victorianas, tal vez tuvieran la culpa de esas cosas. La represión y el puritanismo no conducen nunca a nada bueno. Vivíamos en una sociedad hipócrita y falsa como pocas. Ivory era un producto típico de la misma, quizás la menos culpable de todos.

Peor era lo de su padre. Mi tío Compton quería mi herencia, era obvio. Y ahora, tenía su gran oportunidad. ¿Qué podía importarle a él que yo no estuviese realmente muerto, y pudiera despertar luego dentro de mi tumba, si con ello él alcanzaba una parte importante de mis bienes?

Era una realidad espantosa. Pero había que admitirla así.

Por fortuna, había una persona en quien podía confiar ciegamente: el doctor Talbot. El impediría mi entierro prematuro, y pondría las cartas boca arriba, llegado el momento.

No sé cuánto tiempo estuve solo en la cámara ardiente. Pero cuando la puerta de la misma se abrió otra vez, debía de estar muy avanzada la madrugada. Se filtraba claridad de un salón cercano, donde a veces sonaban copas o tazas, y el murmulló de voces tenues. La velada por el difunto no podía faltar. Allí todos reunidos, charlando cerca de mí, a la espera del nuevo día.

Miré a la entrada. Por la rendija que dejaban libre mis párpados paralizados, descubrí a la persona que entraba. Y me pregunté qué nueva faceta humana iba a descubrir, desde mi privilegiado puesto de observación.

Era mi hermanastro James.

CAPÍTULO VII

SE aproximó despacio a mi ataúd. Me contempló en silencio durante unos momentos interminables. Luego, se inclinó hacia mí.

Noté el roce de sus labios en mi fría piel. Capté su estremecimiento. Se llevó una mano a los ojos. Cuando la retiró, estaba llorando.

—Hermano… —susurró roncamente—. Hermano Edgar, querido…

Su voz sonaba sincera, emotiva. Me pregunté si sería posible que el más cínico de los Haversham, aquel joven de mala fama y peores hechos, disoluto, borrachín y mujeriego, pudiera tener un fondo en el que nadie había penetrado aún.

—Edgar, te has ido sin llegar a saber cuánto te quise realmente —murmuró con voz estremecida—. Para todos, yo soy el malo de la familia, la oveja negra del rebaño. Sin embargo, te quise. Siempre te quise. He sido de los que más han sentido esta pérdida tuya. Pero no debo demostrarlo. Después de todo, nadie lo creería. Imaginarían que finjo, porque debo fingir, en una situación así. Pero ahora, a solas tú y yo, hermano, sí puedo hablar con sinceridad y decirte lo que siento. Lamento que nunca hayas llegado a saber cómo era tu hermano James, en realidad. Si es cierto que, como dicen, hay un lugar desde donde se pueden ver esas cosas en este momento, tal vez puedas oírme aún, y sepas que te digo la verdad. Sí, hermano. Siempre me trataste como a un igual, como si realmente hubiéramos sido hermanos. Me ayudaste en todo. ¿Cómo podía yo fallarte? Seré un bribón, un golfo, pero tengo mis propios sentimientos, y ésos nadie puede quitármelos. Ahora todo me da igual ya. No quiero tu dinero, no deseo heredar nada tuyo. Lo dilapidaría igual, y en poco tiempo. No soy hombre para tener dinero en mis manos, créeme.

Hizo una pausa. Se enjugó sus enrojecidos ojos, y trató de serenarse, tal vez para que, cuando volviera con los demás, no se notara su momento de debilidad. Hubiera querido abrazarle, decirle que ahora sabía cómo era realmente el James a quien todos consideraban tan mal.

—No sé si, realmente, ha sido tu corazón el que ha fallado, hermano, o realmente alguien intentó matarte… y lo logró —dijo inesperadamente, inclinándose hacia mí, y bajando el tono—, Pero yo lo intenté todo. Con mi último dinero, contraté los servicios de Jason Jarvis para que te avisara de lo que alguien planeaba contra ti. Y estaba en lo cierto, hermano. Por eso le mataron a él. Sí, Edgar. Yo *subía* que iban a matarte. Yo contraté a Jarvis en Londres, para que te avisara. A mí no me hubieras hecho caso. Nadie me lo hacía. Todos creen que estoy loco. Lástima, hermano, que no sepa exactamente

quién deseaba, aquí, tu muerte. Temí que Jarvis no te diese bien el encargo, o algo fallará, y, pensándolo mejor, me vine tras él. Todo fue inútil, y a Jarvis lo mataron. Sin duda, el asesino sabía que yo conocía su plan, pero ignora que desconozco su identidad real. Sí, hermano. Siempre me quedará la duda de si fue tu corazón… o un activo veneno. Pero yo, en mi última visita a esta casa, encontré aquella carta entre las cenizas de la chimenea, la carta incompleta, rota y quemada, pero en la que quedaba, casualmente, una sola frase escrita por alguien: «…tienes que matar a Edgar. Prepáralo todo para su asesinato. Sólo así se puede…» Y era todo, maldita sea. No pude encontrar más fragmentos intactos por el fuego, Guardo ese trozo entre mis cosas, y tal vez logre un día saber quién lo escribió, y a quién iba dirigida la misiva. Te lo cuento ahora, Edgar, cuando ya es demasiado tarde para todo. Pero no pudo ser antes. No pudo ser, hermano mío…

Me besó de nuevo. Miró mi rostro dulcemente. Y dio media vuelta, alejándose de mí, abandonando la cámara ardiente. Dejándome sumido en nuevas y tremendas emociones, allí en mi fría inmovilidad.

«*Tienes* que matar a Edgar. Prepáralo todo para su asesinato. Sólo así se puede…»

Esa era la terrible frase, escrita por alguien. ¿Quién escribió mi sentencia de muerte… y quién tenía que ejecutarla?

Eso implicaba a dos personas, como mínimo. Dos personas que no usaron el diálogo para comunicarse, sino una misiva, que luego quemaría al fuego. Así se evitaban oídos inoportunos. Nunca pudieron pensar que el fuego respetaría un solo fragmento, y además, un fragmento tan revelador Así es, a veces, el destino, o la providencia de los humanos.

Empecé a hacer funcionar de nuevo mi cerebro. Nombres y rostros flotaron en mi recuerdo.

Tío Compton… Quizás. Pudo escribir a Ivory, su hija. O viceversa… James… No, él, no. Había contratado a Jarvis para avisarme. Sabía lo que se planeaba. Intentó evitarlo.

¿Eustace? Se me ocurrió su nombre, de pronto. Mi pariente, Eustace. Había llegado la noche antes a Stafford. Pudo haber matado a Jarvis. ¿El recibió la orden… de quién? ¿Lady Sue?

Casi me horrorizó pensar en la buena dama inválida. Pero una persona en su situación, no podía valerse por sí sola. ¿Por qué no avisar a Eustace y darle la orden? Ellos también heredarían algo mío. Su posición actual no era muy sólida, yo lo sabía.

Traté de recordar aquellos días en que James nos hiciera la última visita. Eustace Lambert, ciertamente, estaba en casa por entonces. Pero no lady Sue. Tío Compton tenía asuntos en Stafford, por entonces. Pero Ivory estaba en casa. Recordaba muy bien que ya tuvo

una fricción con Daphne, cuando ella estuvo en casa más de lo habitual, a causa de un viaje de su padre a Leeds. Siempre que convivían demasiado tiempo bajo techado, mi prometida y ella tenían un choque. El de esta noche había sido, con mucho, el peor de todos.

No atinaba a ver a mi posible asesino. Alargué más mis sospechas, hasta rozar lo absurdo: Jonathan, Peggy, la cocinera, la señora Allgood…

¿Cualquiera de ellos era? ¿Dos, en combinación? No tenía sentido. Ellos no ganaban nada con mi muerte. Solamente ellos y Daphne perdían con mi muerte. Porque podían ser despedidos. Porque Daphne ya no sería la señora Haversham. Y si me quería, como yo estaba seguro, además entraba en posesión de los bienes de los Haversham, como esposa mía.

No. La servidumbre no podía tener parte en el complot criminal. Era alguien de mi familia, no había duda.

Fue algo más tarde cuando entraron dos personas en mi cámara funeraria.

Esta vez, se trataba de dos mujeres. Lady Sue, con su silla de ruedas, guiada y acompañada por Daphne. Una Daphne que se había vestido de negro y mostraba una palidez marmórea y unas profundas ojeras.

Se aproximaron a mí. Lady Sue sollozaba amargamente. La vi muy alterada. Las manos de Daphne se crispaban sobre el brazo de su silla.

—Mi querido Edgar —sollozó lady Sue—. Lo hemos perdido, querida… Lo hemos perdido para siempre…

Ella asintió, con profunda amargura. De sus ojos enrojecidos, cayeron lágrimas. Sentí dolor por Daphne. Estaba siendo demasiado cruel que ella ignorase la verdad. Su aspecto era desolador. Jamás había imaginado que llegara a causarle tan profunda impresión. Era como un espectro, en estos momentos, y sus ojos tenían un desconsuelo, una desolación y una amargura infinitas.

Mi querida Daphne. Ella era la que más estaba sufriendo.

—Sí, lady Sue —la oí musitar, con su voz rota—. Lo hemos perdido. Para siempre. Ni siquiera llegué a ser su esposa. Toda la felicidad escapó de golpe, súbitamente. Ni puedo confiar en que sea un ataque de catalepsia, como el sufrido en el pasado por su padre, Neil Haversham.

—¿Por qué no podría serlo, hija mía? —murmuró, esperanzada, lady Sue.

—Porque, aunque lo fuese, nada ni nadie podría evitar su inhumación ya. A menos que el doctor Talbot traiga alguna noticia favorable, de Stafford. En esta casa nadie posee documento alguno de Edgar, solicitando el aplazamiento de su entierro, en caso de fallecer. Ni siquiera han oído hablar de ello. Sin embargo, yo estaba segura de

que ese documento tenía que existir.

—¿Se lo has preguntado a todos? —indagó lady Sue.

—A todos, sí. Y todos niegan. No saben nada. Ni creen que exista. Del mismo modo que Edgar no hizo nunca testamento, tampoco parece probable que hiciera ese documento, según dicen. Era demasiado joven para pensar en morir, es lo que alegan todos.

—Y quizás tengan razón.

—O quizás no, lady Sue —sostuvo ella, obstinada—. Quizás el documento exista, y alguien tenga interés en negarlo.

—¿Qué… qué quieres decir, hija? —se horrorizó lady Sue, abriendo mucho sus suaves y dulces ojos grises para mirarla.

—No sé. Tal vez exagero. La acusación sería demasiado grave, pero… pero quizás un familiar suyo, el que sea… espera lucrarse dejando que Edgar muera, si no lo está ya.

—Dios mío —lady Sue inclinó su canosa cabeza con abatimiento—. Sería horrible.

—Sería una monstruosidad. Edgar siempre temía algo así. No podemos abandonarle, permitir que le entierren antes de tiempo. La catalepsia suele presentarse con una duración que casi nunca supera las treinta y seis horas. ¡Debemos esperar, cuando menos, ese tiempo! Muchas veces, a las veinticuatro horas, el afectado revive…

—¿Cómo esperas hacerlo? Ya oíste a su tío Compton, que es quien rige ahora la sala. El entierro será a las cinco de la tarde…

—Aún no ha llegado esa hora —afirmó Daphne, con energía—. Veremos si se salen con la suya. Pienso luchar con todas mis fuerzas.

—Te creo. Inténtalo, querida, por si aún queda una leve esperanza. Yo te ayudaré. Y quiera Dios que logremos algo entre las dos…

La puerta se abrió de nuevo. Ambas mujeres volvieron la cabeza. Esta vez era Claude Loring, el padre de Daphne. También vestía de negro.

—Ah, ¿estás ahí? —saludó, respetuoso, luego—. Buenas noches, lady Sue.

—Buenas noches, Loring —suspiró la anciana—. Aunque mejor sería decir ya «buenos días». Está a punto de amanecer.

—Es cierto —Loring avanzó hacia mí, oprimiendo afectuosamente el brazo de su hija—. Daphne, querida… ¿No crees que no debes abusar de tu estado de ánimo? Permanecer aquí demasiado tiempo no es prudente…

—Lo siento, papá. No podría abandonar a Edgar esta noche, aunque quisiera.

—Te comprendo —suspiró él—. No puedo reprocharte nada, querida. Pero ya estás sufriendo demasiado para que, además, te tortures en vano. Eustace me ha hablado de tus esfuerzos por atrasar el entierro.

—Sí, papá. Tenemos que luchar por conseguirlo. Tú sabes que podría ser… un caso de catalepsia.

—El doctor no lo cree así.

El doctor no sabe nada eh ese sentido. Nadie lo sabe. La catalepsia existe, y nadie supo vencerla aún. Sólo si se espera más de un día, hay posibilidad de salvar al enfermo…

—Daphne, chocamos con la ley. James ha dicho que él también piensa como nosotros y desea ese aplazamiento. Pero Compton" se niega en redondo, alegando motivos de salubridad. Además, el juez no admitiría un retraso semejante.

—Tenemos que conseguirlo, padre… —suplicó ella, patética.

—Te comprendo. Yo hago cuanto está en mi mano, pero son los Haversham mismos los que deben resolver, tú lo sabes.

—Padre…

—Vamos, vamos. Ahora, volved a la sala o acostaos. Creo que sería mejor descansar un rato. Va a ser un día muy agitado; muy difícil…

—No podría —musitó Daphne amargamente, mirándome de nuevo —. No podría ni siquiera cerrar los ojos…

Tomó la silla de lady Sue y, en silencio, ambas mujeres abandonaron la cámara. Me quedé allí, solo con Claude Loring, mi amigo y vecino, dueño de Loring Manor, y futuro suegro, si todo esto salía bien.

—Edgar, muchacho, haremos cuanto podamos por comprobar si realmente has muerto o no —me dijo con sencillez—. Dios quiera que todo salga bien, y no se haga un entierro prematuro y fatal. Y que, además, esto sea realmente catalepsia. Sería magnífico que, después de todo, llegaras a ser mi yerno, muchacho.

Sonrió, como si esa esperanza realmente anidara en su corazón, y abandonó la estancia finalmente, dejándome solo otra vez.

Empecé a ver clarear por las rendijas de los altos ventanales encristalados y emplomados, que ahora cubrían con cortinajes espesos, muy cerrados, para dejar la estancia solamente con su luz de los velones, en una penumbra respetuosa y sombría, como se hace siempre con los difuntos.

La claridad del día no me trajo alegría alguna. Contra lo que fuese el tiempo de la fecha anterior, se veía una mañana nubosa y triste, de pálida luz grisácea. Tuve la impresión de que debía de hacer viento, por el crujido ominoso de algunos postigos en el exterior, y el roce de las ramas de los árboles en las vidrieras. Posiblemente también lloviznaba, o estaba a punto de hacerlo.

—Un triste día para mi entierro —pensé con amargura, preguntándome si cuando la farsa se diese por terminada, cuando el doctor Talbot anunciara a todos que yo no podía ser sepultado, puesto que en realidad estaba vivo, habríamos obtenido algún resultado de

todo aquello, o las cosas seguirían tan oscuras y misteriosas como al iniciar nuestro experimento.

De algo solamente estaba seguro: había descubierto, cuando menos, la falacia de mi tío Compton, al ocultar a todos que existía una última voluntad mía, exigiendo que se demorase mi inhumación hasta comprobar si estaba muerto o sofría solamente un ataque cataléptico. Por otro lado, sabía algunas cosas más de los que me rodeaban. La más grata, que Daphne estaba luchando desesperadamente por demorar mi entierro. Que Peggy, la doncella, me amaba de modo limpio y noble. Que Ivory, mi prima, era una ninfómana morbosa. Que lady Sue mostraba vivo dolor, que Eustace no parecía sufrir gran cosa, que el constable Benson habla parecido conmovido y emocionado por mi desaparición… Y que mi hermano James, realmente, me quería.

Sí, era curioso observar eso. Aunque no fuera más que por ello, habría valido la pena llegar tan lejos. Cuando menos, podría librarme de gente como mi tío y mi prima, a quienes querría ver lo antes posible muy lejos de Haversham Manor y de mi propia vida.

Pero algo muy importante, quizás lo más grave de todo, seguía envuelto en la sombra: ¿quién había sugerido a alguien la necesidad de asesinarme y por qué?

La claridad, allá fuera, se hizo algo más intensa, mientras yo reflexionaba sobre todo eso, pero no mucho. Más tarde, oí el golpeteo de las gotas de agua contra las vidrieras. Realmente, estaba lloviendo.

Un carruaje se detuvo ante la casa, poco más tarde. Oí voces, la puerta que se abría, pasos y rumores. Ignoraba qué podía estar sucediendo. Pero, para desgracia mía, no iba a tardar mucho en saberlo.

Bruscamente, las puertas de la cámara ardiente se abrieron. Entraron Jonathan, mi hermano James, el constable Benson, y un hombre a quien yo conocía vagamente, pero que no era visita habitual en aquella casa. Se trataba del doctor Barry Watkins, médico rural de la región, y forense de Stafford.

Llegaron todos hasta mí. El médico me miró fijamente. Yo permanecía interiormente tranquilo. Sabía que mi muerte aparente era perfecta. Este doctor no sospecharía nada del truco del doctor Talbot, estaba seguro de ello.

—Pobre señor Haversham —le oí comentar—. Fue una gran desgracia, ciertamente. Pero ello resulta ya irremediable. No tenemos buena racha últimamente por aquí, ¿no es cierto, constable?

—Y bien cierto, sí —asintió el policía, dando vueltas a su gorra—. Primero fue el asesinato de ese señor Jarvis, luego la muerte súbita de Edgar Haversham… y hoy, esa otra desgracia. Pobre doctor Talbot. Morir así, tan repentinamente, sin poderle ayudar nadie…

CAPÍTULO VIII

CREO que en la vida he sentido ni sentiré más terror que en ese preciso instante.

Un frío realmente de muerte me invadió. Pero era un frío que llegaba al cerebro y helaba mis pensamientos, puesto que el resto de mi cuerpo ya aparecía rígido y helado.

Talbot, muerto.

El doctor Talbot… MUERTO.

Era espantoso. Increíble. Aterrador.

Muerto… sin decir *nada* a nadie. Eso era obvio, por la forma en que contemplaban todos ellos lo que creían mi cadáver.

Luego, el comentario del doctor Watkins, hablando de su colega, acabó por llenar de angustia y de pánico todo mi ser:

—Ha sido un accidente infortunado, ciertamente, constable. Debió salirse del camino con su carruaje, cuando venía hacia Haversham Manor. Los caballos cayeron por la cuneta a la zanja, volcó el coche, y él se estrelló de cabeza contra un árbol, al salir despedido. La muerte debió de ser instantánea.

—Dios tenga en su seno al buen doctor —fue el sencillo responso del constable—, ¿Sabe si llegó a obtener la última voluntad del difunto Haversham para poder demorar legalmente su entierro?

—No, no sé nada. Pero, de ser así, me lo hubieran notificado, en Stafford. Su cadáver ha sido conducido allí, por unos labriegos. Y no llevaba encima documento alguno, a pesar de que todo cuanto había en sus bolsillos y maletín estaba intacto.

—Bien. En ese caso… —el constable consultó su viejo reloj, de bolsillo con un suspiro, y me miró largamente—. Dentro de ocho horas, Edgar Haversham reposará junto a sus antecesores, doctor Watkins.

—Es lo único que puede hacerse ya por él —asintió el médico, iniciando su marcha hacia la puerta.

Quise gritar. Quise terminar con aquella farsa macabra, de una vez por todas. Quise agitarme en mi féretro. Pero todo eso me fue imposible. La droga del doctor Talbot actuaba con eficacia. Los efectos eran para veinticuatro horas. Hasta las diez y media de la noche, no volvería a ser yo mismo, capaz de moverme, de gritar.

¿Y dónde estaría yo, a esa hora?

Dentro de la cripta familiar, tapado por una pesada losa atornillada, dentro del cerrado féretro… Haría cinco horas que estaría allí. Cinco horas de angustia, de espera terrible, para morir luego del más espantoso modo imaginable, rodeado de restos humanos de mi familia, metido en un hueco del muro, tapado por una losa que nadie

movería ya…

El horror de mis pesadillas, de mis angustias, de mi obsesión de siempre, se presentaba ante mí en toda su espantosa, estremecedora intensidad. Ahora, ya no había nada que me atase al mundo de los vivos. El último hilo se había roto trágicamente. El doctor Talbot, el *único* que conocía la verdad, el que podía demorar mi entierro, estaba muerto. Había muerto violenta, bruscamente. Sin poder dejar dicho a nadie lo que realmente ocurría. El secreto era de nosotros dos. Y ahora, muerto él… ¡sólo *yo* sabía la verdad, y no podía revelarlo a nadie!

Inexorablemente, mi destino se cumplía, a pesar de todas las previsiones. Por pretender huir a algo, había caído de lleno en ello, por propia voluntad. Ahora, ya nada tenía remedio. Ahora, ya sólo quedaba esperar la muerte… La más terrible muerte jamás imaginable. El que tenía que asesinarme, no podía saber hasta qué punto había colaborado yo mismo con su plan criminal, allanándole el camino.

Ahora sabía lo que debió de sentir mi padre al verse sepultado en vida, al gritar y desgarrarse, a medida que le faltaba el aire, en un vano esfuerzo por ser oído en el cementerio, donde nunca había nadie por las noches.

Frío, rígido, inmóvil, forzosamente inmóvil dentro de aquel ataúd que alguien cerraría herméticamente al filo de las cinco de aquella tarde, sólo podía ver, oír, sentir… pero no moverme, gritar, clamar por mi vida, luchar por defenderme de tan atroz destino.

La muerte del doctor Talbot significaba mi propia muerte. Su fin era el mío. El gran error de ambos estuvo en no saber prever una contingencia semejante, en haber tomado alguna medida, la que fuese, para un caso extremo de infortunio como el acaecido.

No servía de nada pensar y pensar, aunque yo no podía evitar el hacerlo, en busca de una salida, la que fuese, buscando desesperadamente salvarme del horror que me amenazaba. Ya nada que pudiese yo hacer serviría, porque prácticamente no me era dado hacer cosa alguna, salvo torturarme, pensar, temer, sufrir. Y verme rodeado por la mayor indiferencia de todos los demás.

Aún me quedaban otras pruebas que sufrir, sin embargo, aparte la mía propia. Aún no había terminado el desfile de amarguras para mí.

Cuando Daphne entró, acompañada por Jonathan, que sin duda cuidaba de ellas en estos momentos con la misma fidelidad que a mí me había demostrado en vida, la vi pálida, rota, llorosa, con las ojeras más profundamente marcadas aún en torno a sus bellos ojos verdes.

Se arrodilló junto a mi féretro, aunque Jonathan trató de impedirlo con gestos torpes, y la oí sollozar apagadamente, con rabia casi:

—Oh, Edgar, Edgar, ¿por qué tuviste que irte tan pronto de mi

lado? ¿Por qué, querido Edgar? Ya ni siquiera me queda una esperanza, por leve que sea. Todo ha fracasado. No llegaste a escribir esa voluntad tuya, nadie sabe nada de ella. Y van a enterrarte. Van a hacerlo, aunque ello signifique darte una muerte aún peor si, como temías, esto no es la verdadera muerte…

Quisiera hacer algo, impedir que te sepulten, estar segura de que tú no existes ya. Y no me dejan, Edgar. ¡No me dejan hacer nada en tu favor!

Sollozó con más fuerza. Aferraba con tal energía la madera del ataúd, que éste temblaba con la presión de sus dedos crispados. Aquello aumentaba todavía más mi dolor. Y también mi miedo. Hasta Daphne se daba ya por vencida. La tenaz, obstinada y valerosa Daphne, la que más había luchado por salvarme del horror final, ya admitía su derrota.

—Ya basta, señorita —oí la voz apacible del buen Jonathan, mientras se inclinaba para tratar de incorporarla—. No puede estar así toda la noche y todo el día. Llorando, torturándose, dándole vueltas al asunto. Usted sabe que el señor Haversham no dejó documento alguno que tenga fuerza legal para aplazar su funeral. El pobre doctor Talbot también se esforzó por buscarlo… y hasta murió, víctima de sus propias prisas. No debe atormentarse más. Vamos, venga conmigo, le prepararé algo caliente…

—No, Jonathan —susurró ella, exasperada—. Deja que permanezca aquí, junto a mi amado Edgar, siquiera un momento más… Te aseguro que esto me hace más bien que otra cosa.

—Como quiera, señorita. Pero ya sabe lo que dijo su padre antes: debo cuidar de usted, velar por su salud, por su estado, mientras él intenta buscar lo que el doctor Talbot no encontró en Stafford.

—Papá tampoco creo que lo encuentre. Si Edgar no dejó documento alguno al notario ni al abogado, será inútil buscar —gimió ella—. Pero hace bien en intentarlo. Todos debemos hacerlo hasta el fin.

—El fin está ya cerca, señorita Loring —dijo mi fiel sirviente—. Ya son casi las diez de la mañana. ¿Por qué no descansa un rato, y yo la llamaré para la hora del funeral? Creo que sería lo mejor. Está necesitada de un buen descanso…

—Descansar… —repitió ella, con amargura—. No, Jonathan. Ya tendré tiempo de descansar luego, cuando todo esto haya terminado. Ahora me sería imposible. Debo continuar aquí, en pie, intentándolo todo hasta el último minuto. Si acaso, tengo una idea. ¿Quieres llevarme un momento a Stafford?

—¿A Stafford, señorita? ¿Ahora? —se sorprendió Jonathan.

—Sí, te lo ruego. Podemos estar de vuelta poco después del mediodía. Mi carruaje es rápido, los animales son vigorosos.

—¿Y qué podemos hacer en Stafford usted y yo, señorita?

—Quiero ver personalmente al juez Mulder.

—¿Al juez? ¿Para qué?

—Voy a implorarle. Sé que no querrá escucharme, pero soy una mujer desesperada, y haré lo imposible porque me atienda. No le pediré demasiado. Sólo que el entierro se demore hasta el amanecer de mañana, bajo mi total responsabilidad. No puede negar eso a una mujer angustiada.

—Señorita, usted no conoce al juez Mulder. Es severo, rígido, aunque justo. Si no existe un motivo legal, se negará en redondo a atender su petición. Hace dos años, por demorar un entierro, se produjo en esta región una epidemia, y hubo varias víctimas. Desde entonces, la legislación al efecto se hizo mucho más severa.

—Aun así, Jonathan, iré a verle.

—Está bien, señorita. Yo la llevaré. Pero no sacaremos nada positivo de todo esto, se lo anticipo. El juez no querrá correr riesgos, en un asunto que ni siquiera es seguro que sea lo que usted dice y yo desearía. El certificado de defunción del doctor Talbot es decisivo. Y el criterio profesional del doctor Watkins no ha hecho sino corroborar ese punto. Pero, como usted dice, vale la pena intentarlo todo. Vamos, la llevaré.

—Gracias, Jonathan —musitó ella, incorporándose más animosa y besando la mejilla a mi sirviente—. No olvidaré esto jamás.

Salieron rápidamente, tras dirigirme una última mirada. Volví a quedarme solo en mí féretro. Había cambiado los velones aquella mañana, y el olor a cera era insoportable, pero yo no podía cambiar de postura. Ahora, otra vez la débil llama de la esperanza brillaba en mí. Si el juez Mulder atendiera la petición de Daphne. Yo estaría a salvo definitivamente.

Sentí por Daphne y por Jonathan un cariño y una gratitud sin fin. Sólo ellos luchaban contra todo, sólo ellos resistían aún…

Mi llama se extinguió a eso de la una del mediodía, cuando regresaron de Stafford. Oí llegar el carruaje. Mi corazón, aunque no podía latir ahora, creo que lo hacía de modo interno, ahogándome. La puerta de la casa se abrió, sonaron voces, filtrándose por la rendija de la puerta.

Y tuvo que ser el vozarrón de Eustace el que me trajera la mala nueva:

—Lo sabía y lo temía, Daphne. Ya os dije que ese juez no os haría caso. Hemos de hacernos a esa idea y pensar que, realmente, Edgar está muerto. A las cinco de esta tarde, todo eso habrá terminado… Vamos, vamos, no llore así, querida.

El horror me aplastó de nuevo, con su gélido peso. Daphne había fracasado. El juez no quiso atender su petición. Yo sería enterrado, sin

más demora. El constable estaría presente, sin duda, para exigir que la ley se cumpliese.

*

Y llegaron las cinco de aquella tarde.

Fue espantoso. Su propia e impresionante sencillez es lo que me lleno más de pavor. Todo aquello que yo había visto hacer antes con otros difuntos, cobraba ahora un especial significado para mí. Lo que en otros era casi rutinario, en mi caso resultaba espeluznante. Cada movimiento, cada paso de las personas que me rodeaban, me conducía inexorablemente al final, a mi terrorífica agonía en un nicho de la cripta familiar. El viejo horror vivido a los doce años, se repetía ahora inexorablemente.

Primero entraron todos en la cámara. Un silencio sólo roto por los sollozos de Daphne, por el patetismo de los demás, por la hipócrita emoción de mi tío Compton, por el dolor de mis criados, que en Peggy se hacía crispación emotiva, reinó durante unos minutos en la cámara. El reverendo Bennett entró, para oficiar el acto. Unos hombres de oscuro se dispusieron a cubrirme, a echar encima la tapa de pesada madera de caoba. El sollozo de Daphne se hizo grito ronco. Tuvieron que sacarla de allí, entre su padre y mi hermanastro James.

Luego, la terrorífica tapa vino hacia mí, me cubrió en una repentina negrura escalofriante…

Entonces, aún descubrí más el horror que me esperaba. Porque la tapa no toda era de madera maciza, sino que tenía un pequeño rectángulo de vidrio, para que mi rostro fuese visto desde el exterior, hasta el momento mismo del entierro. Luego supe que había sido idea de Daphne, para apurar hasta sus últimas consecuencias las posibilidades. Quería saber, mirando por aquella abertura, si antes de clavar la losa en mi tumba, yo había despertado del posible letargo.

El terror al despertar mío en aquella caja, posibilitado de romper el vidrio, de asomar una mano, de abrir quizás la tapa, para ir a morir arañando rabiosamente la lápida, como le ocurriera a mi padre, me dominó con sus garras heladas. Hice mis últimos y desesperados esfuerzos, intenté con toda mi voluntad combatir el agarrotamiento, la inmovilidad que me producía la droga. Todo en vano. El descubrimiento químico del doctor Talbot, era endiabladamente bueno, demasiado perfecto para que resultara fácil vencer sus efectos.

Oí atornillar la tapa. No sé si podía temblar, pero la sensación de escalofrío me hizo daño en el cerebro. Luego, la ceremonia concluyó en su primera fase. Y me cargaron a hombros de los individuos enlutados. Me sacaron de la cámara ardiente, camino del exterior. Camino del cementerio.

Fue una sucesión imborrable y espantosa, de hechos y de imágenes. La casa, el vestíbulo, el jardín bajo la lluvia pertinaz y menuda, con la bóveda gris de un día nublado y torvo… El viejo sendero de cipreses, el camino hacia el cementerio de Haversham Manor. El camino inexorable hacia la tumba…

Tras de mí, la comitiva, que a veces me era posible vislumbrar, en un movimiento del féretro situado sobre el carruaje negro, tirado por dos caballos enjaezados de luto. Labriegos y servidores de mis tierras, se alineaban al borde del camino, en respetuoso silencio, dándome su sencillo adiós. Algunos estaban realmente tristes. Había buenas mujeres que lloraban furtivamente.

Y detrás de mí, en otro carruaje, Daphne, su padre, James, Ivory, tío Compton, lady Sue. Y a pie, luego, Eustace y el constable, el doctor Watkins, el reverendo, el bueno de Jonathan, en representación de todo el servicio de la casa.

Era la comitiva fúnebre. Me pregunté quién de ellos era feliz ahora, con mi muerte, aparte tío Compton. Quién de aquellas personas era un asesino. Pero ya no había respuesta. Ni nunca la habría. El plan del doctor Talbot y mío había sido un fracaso total. Además, de consecuencias desastrosas e irremisibles.

Llegamos al cementerio cuando arreciaba la lluvia. Los paraguas salieron a relucir, cuando me condujeron a la puerta de la cripta. Tío Compton introdujo las llaves en la enmohecida cerradura de la verja de acceso. Hasta el interior de mi ataúd llegó el chirrido, al girar.

Luego fue también abierta la puerta vidriera, pequeña y ojival. Introdujeron en la cripta mi féretro, entre los hombres de ropas negras. Sentí que era depositado sobre la mesa central de mármol. Encendieron luces de cera y aceite dentro del pequeño y lúgubre ámbito de la cripta de los Haversham. Mis ojos horrorizados, descubrieron, desde detrás de la mirilla cristalina de mi féretro, la lápida de pesada piedra blanca, apoyada contra la pared. Habían trabajado deprisa. Pude leer la inscripción, bajo la cruz que la encabezaba:

EDGAR HAVERSHAM
FALLECIO EN HAVERSHAM MANOR
A LOS VEINTISIETE AÑOS DE EDAD
EL AÑO DE GRACIA DE 1890
DESCANSE EN PAZ

Tenía gruesos remaches de bronce que, una vez ajustados, harían inamovible la pieza de piedra en su hueco, taponándolo para siempre.

Y conmigo dentro.

El reverendo abrió los Evangelios y leyó algo que apenas si escuché. No quería resignarme. Me rebelaba interiormente contra todo aquello que significaba mi entierro, mi muerte definitiva. Pero sabía

que no podía hacer nada, y que esa rebeldía era tan dolorosa como inútil. Significaba morir sufriendo todavía más. Pero no podía evitarlo. No quería evitarlo tampoco. Mi ser clamaba aquella injusticia final. Quizás parte de culpa era mía, por haber facilitado la situación que me llevó al desastre, pero en esos momentos, incluso me negaba a admitir que Dios, ese Dios justo y amoroso que citaba el reverendo, pudiera consentir tamaña indignidad.

Terminó su oficio el reverendo Bennett. De nuevo movieron mi ataúd. Oí gritar a Daphne, que se precipitó sobre la caja de madera, echando una ansiosa mirada hacia mi rostro céreo y yerto, esperando ver en él un signo de vida, un destello de animación, por pequeño que fuese, para suspender la ceremonia. El constable Benson y el doctor Watkins se inclinaron para contemplarme a su vez. Apartaron, suave, pero firmemente a mi prometida.

—Vamos, vamos —oí decir al constable—. Usted misma ha podido comprobar que todo sigue igual. El señor Haversham, desgraciadamente, ha muerto. Esa es la única realidad, señorita Loring.

—Sí, hija —corroboró su padre—. Tenemos que admitir lo irremediable. Es inútil negar la evidencia. No creo que sea catalepsia.

—¿Y si lo fuese? —clamó ella—. ¡Todos ustedes estarían convirtiéndose en cómplices de una infamia!

—Cálmese, señorita Loring —le pidió el constable—. Hemos hecho todo lo posible por estar seguros de que no es así. La ley no nos permite más demoras. Ya son casi las cinco y media. Procedan, por favor.

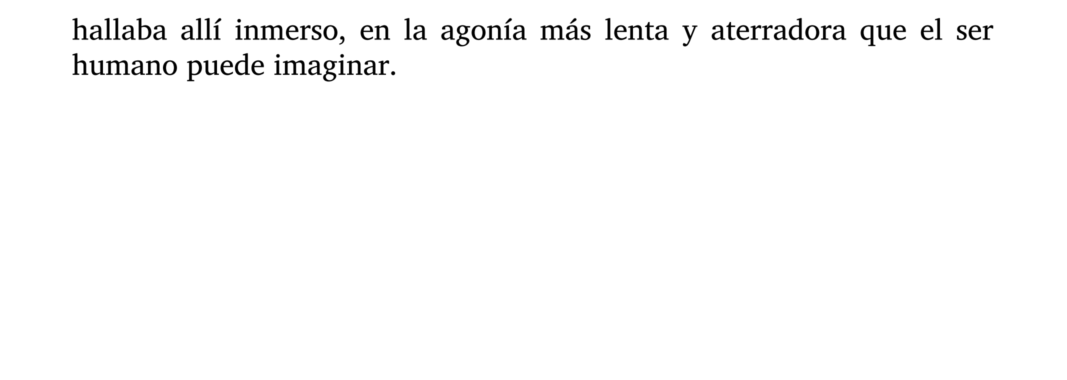
Era el final. Mi última mirada al mundo, a la vida que dejaba atrás. Luego, entre algún sollozo, sobre todo de Daphne, el féretro se agitó, fue conducido hacia el hueco rectangular, donde lo encajaron. El horror de un cercano techo de piedra ensombreció mi visión. La luz amarilla de la cripta, quedó más lejos, al fondo, como una lejana visión de otro mundo que ya no era el mío.

Cielos, qué angustia, qué terror más profundo, cuando manos implacables movieron la losa de piedra hasta ajustarla en el hueco. Toda luz se borró de mi vista. Me sumergí en la sombra eterna. Luego, oí un claveteo sordo. Estaban ajustando los remaches de bronce.

Ya había terminado todo.

Pero yo aún seguía vivo. Esperando mí despertar, dentro de un féretro y de una tumba herméticos. Ni siquiera pude oír ya la puerta de la cripta al cerrarse, el chirrido de las llaves, al dejarme solo en el mundo de la muerte. La losa lo borraba todo.

Faltaban cinco horas para el paroxismo de mi horror supremo, para el momento en que mí suspendida vida despertase de nuevo, necesitada de oxígeno para respirar, de espacio para moverme… y me



hallaba allí inmerso, en la agonía más lenta y aterradora que el ser humano puede imaginar.

CAPÍTULO IX

FUE como si transcurriese una eternidad.

Sin embargo, fueron solamente unas horas. Cinco, exactamente. Yo no podía contarlas, porque allí dentro, en aquel cubículo negro y siniestro, se perdía por completo la noción del tiempo.

Pero cuando una especie de extraño hormigueo recorrió mí aterido ser, cuando unas palpitaciones, lentas al principio, comenzaron a sonar dentro de mi cuerpo, comprendí que era el principio. El principio del despertar. O el fin de todo.

Una emoción agobiante me embargó. El terror subió de grado. Empecé a darme cuenta de que respiraba. Y que el aire viciado y escaso del recinto cerrado donde me hallaba, era demasiado poco y demasiado pobre para dar aliento a mis pulmones. Empecé a sentir algo más que pensamientos e ideas. De repente, las cosas eran físicas. Y los sentimientos también. Claustrofobia, pánico, dolor, angustia… Toda una serie de encontradas emociones iban embargándome.

Y me moví.

Me moví dentro del féretro. Crujió el lecho de raso lila, bajo mi cuerpo. Apenas si pude agitarme un poco. Mi rostro golpeó la madera y el vidrio de mi encierro. Lenta, muy lentamente, como un ser en trance hipnótico, moví las manos.

Palpé la madera sólida del féretro. El frío cristal, que se empañaba ya con mi respiración.

Si sólo hubiesen esperado hasta este momento… Daphne hubiera visto huellas de vida en mi rostro, hubiese pedido que me sacaran del ataúd, y todo se hubiera arreglado.

Pero eso que parecía tan sencillo, dicho así, era inalcanzable para mí. Estaba cerca de todos ellos, aunque era como si me hallase a miles de millas de todo ser viviente. Sin ayuda, sin oídos que captaran mis gritos, sin nadie que acudiese a sacarme de aquel espantoso encierro.

Mi instinto empezó a superar toda otra voluntad. Luchaba por la vida. Pero de un modo puramente animal. Mis manos golpearon el vidrio una y otra vez. Hasta que lo rompieron.

Fuera no había mucho más aire respirable. El que quedaba allí dentro, duraría poco tiempo. Y cuando eso sucediera, cuando se agotase el oxígeno del nicho, sería el fin. Llegaría la angustia suprema, el ahogo, la asfixia, la desesperación. Mi furia animal se haría incontrolable. Arañaría los muros, me destrozaría vivo, estaba seguro de ello. Les ocurría a todos los catalépticos. Sólo que esto, ni siquiera había sido la temible catalepsia. Pero los resultados eran los mismos.

Ese momento que yo tanto había temido, el que me hacía despertar bañado en sudor frío en mis noches de pesadilla, estaba ahora aquí.

Iba a vivir, segundo a segundo, todo el horror que antes solamente fuera imaginado o soñado.

Extraje la mano por la abertura de vidrio roto. Me corté, pero eso importaba poco ahora. Alcancé con mis dedos, cuando salió el brazo por el hueco, los cierres de mi ataúd. Di vueltas al más próximo. Me costó más alcanzar al otro, situado abajo. Pero con un esfuerzo que agotó más rápidamente el aire, lo logré.

Moví los cierres, una vez girados. Cedían. Presioné con fuerza El sudor que me empapaba ahora, era tan helado como el que transpiraba al despertar de mis pesadillas. Sólo que esto no era una pesadilla. Aquí no había un despertar.

La tapa cedió bruscamente. Con un crujido, se alzó, y pude llegar a sentarme Eso fue todo, porque mi cabeza tocó el techo de piedra del angosto recinto. Respiré el aire viciado del interior, pareciéndome puro y limpio, al lado del que había en el interior del féretro. Moví la mano hacia la lápida. La presioné, en un empeño tan vano como ingenuo. Naturalmente, no cedió lo más mínimo.

Sentado en aquella tétrica oscuridad, reflexioné amargamente sobre mi trágico final. Era la muerte más absurda que se podía imaginar. Yo mismo la había provocado. ¿Por qué el destino quiso que el doctor Talbot se matase, sin darle ocasión a informar a nadie de lo que sucedía? ¿Había sido, realmente, un accidente? De pronto, me asaltaba, con una lucidez escalofriante, la tremenda posibilidad de que alguien le hubiera asesinado, justo a tiempo para provocar mi ruina.

Sí, tuvo que ser eso. Un accidente mortal era demasiado casual para admitirlo como lógico. Resultaba extraño que ahora, precisamente ahora, mis pensamientos fuesen tan lúcidos.

Una sensación de agobio empezaba a invadirme. La pesadez de la atmósfera de aquel pequeño recinto, comenzaba a presionar mi pecho, causándome fatiga y terror.

El aire se estaba terminando.

Y con él, terminaría yo también. Si al menos fuese posible morir dignamente, sin sufrir, sin convertirme en una fiera, sin despedazarme contra los muros… Hubiese deseado tener a mano cualquier cosa: un veneno, un narcótico, un arma para matarme y precipitar las cosas, haciéndolas más tolerables.

Pero ni siquiera eso me estaba dado hacer allí, metido en tan angosto lugar, condenado a vivir unos segundos o unos minutos delirantes y atroces.

De nuevo golpeé infantilmente la lápida. Luego, creo que grité, no lo recuerdo muy bien. De súbito, mis pensamientos se hacían borrosos, mis ideas confusas y torpes, quizás por la falta de oxígeno.

Aun así, seguí golpeando furiosamente, como si eso sirviera para algo, en la soledad inviolable de la cripta familiar, en medio de un

cementerio pequeño, desolado y triste, adonde nadie iba, de noche, jamás. Por lo tanto, tampoco nadie podía oírme.

Este entierro había sido idea de Compton, sin duda. Mi tío se aseguró bien, el muy cerdo, de que yo no pudiera salir vivo de allí jamás, aunque fuese realmente víctima de un ataque de catalepsia.

El nicho, la lápida, todo lo demás… Era todo lo que yo había rechazado siempre, por considerarlo demasiado peligroso, por no caer en el mismo error de mi padre. El, sin embargo, había llevado su minuciosidad hasta el punto de repetirlo todo, punto por punto. Era una forma de estar seguro. Seguro de mi muerte, seguro de que él sería ahora mi heredero, junto con su hija y con James.

El ahogo se hacía intolerable. Juré entre dientes, martilleando con mis nudillos estúpidamente sobre la lápida. Luego comprendí que todo eso reducía el aire y, por tanto, mi tiempo de vida. Tal vez era mejor así. Ante la falta de esperanza, valía la pena morir lo antes posible.

Por ello arrecié con mis golpes, grité cuanto quise… hasta que ya noté que mis pulmones iban sintiéndose como si me hallara inmerso en el lecho de un río profundo. El aire se terminaba. Noté que me congestionaba. Los latidos de mi corazón parecían más fuertes ya, que mis golpes en la lápida.

La muerte estaba allí. A mi lado. Fría, implacable, indiferente a todo, incluso a mi dolor y desesperación. Casi noté sus garras heladas, ciñendo mi garganta, intentando arrastrarme al negro foso- de sus dominios…

Entonces es cuando dejé de ser yo mismo. Y comencé a aullar, a golpear, a arañar la piedra, desgarrando mis dedos, quebrando mis uñas. Debía de tener los ojos desorbitados, el rostro amoratado, la boca abierta, la lengua colgando…

La muerte me había aferrado entre sus brazos descarnados. Y yo, aun así, seguía luchando, siempre, aunque ya no sirviera de nada…

*

Y, de repente, el milagro.

La losa se abría. La losa caía…

Naturalmente, debía ser un sueño, una visión alucinada de mi mente ya en plena locura. Vi la cripta, alumbrada por velas y lámparas de aceite. Y respiré. Noté que respiraba. Aire. Aire cargado de olor a sebo, a aceite, a cera… Pero aire, al fin y al cabo.

¡No soñaba! No era un delirio…

Había ocurrido. Alguien quitó la tapa de piedra blanca, con mi epitafio. Alguien que ahora me tomaba en sus brazos, y decía con voz ronca, una y otra vez:

—Lo sabía… Lo sabía, señor… Algo me decía que era así… Pero

Peggy le Salvó la vida. Ella se quedó ante la cripta toda la noche. Ella oyó los golpes, y corrió en busca mía… Temí no llegar a tiempo, señor…

—Jonathan… mi buen Jonathan… —murmuró, desfallecido, cayendo contra él, como un pelele, mientras allá, en la puerta, pálida pero feliz, con sus ojos muy grandes y luminosos, Peggy, mi doncella, lloraba y reía al mismo tiempo…

*

Cuando llegamos ante la casa, las luces se habían apagado, excepto una en la sala de la planta baja. Ya podía caminar con cierta soltura. Jonathan, sin embargo, me llevaba aferrado por el brazo. Peggy iba tras de nosotros.

—¿Y dices que nadie en la casa sabe aún nada? —le pregunté.

—Nadie, señor —me confirmó—. Peggy sólo vino a decírmelo a mí, y yo no podía andar perdiendo el tiempo pidiendo ayuda. Preferí ir en su busca, lo antes posible. El aire de allí dentro no podía durar mucho…

—Buen Jonathan, hiciste bien. No quiero que digas nada a nadie, ¿entiendes? Absolutamente a nadie. Esta es, una sorpresa que les reservo.

—¡Vaya sorpresa, señor! —se asustó Jonathan, mirándome, asombrado.

—Sí, alguien va a sufrir un buen susto hoy —reí entre dientes, con malicia—. Bien, veamos quiénes están aún levantados. No quisiera provocar una impresión demasiado seria a nadie de los que me quieren bien, y que yo sé ya quiénes son…

Jonathan asintió, quedándose en las sombras del jardín, tras de mí. Yo me moví hacia las vidrieras del salón. Había dejado de llover, la noche era fresca y húmeda, pero dentro de la casa debía de hacer calor, porque tenían entreabiertas las puertas al jardín. O tal vez fuese para ahuyentar el fuerte olor a cera quemada.

Me asomé. Y me dispuse a entrar sin más rodeos, avisando previamente a los que allí se hallaban, para no producirles pánico. Ellos no se merecían algo así.

Claude Loring y mi prometida, su hija Daphne, estaban en pie ante la chimenea. Parecían ensombrecidos, todavía bajo el peso de la tragedia.

—Estoy segura, padre —decía ella, con voz obstinada—. Compton Parker debía tener ese documento, y lo negó. Si Edgar sufría una catalepsia, no quiso darle oportunidad alguna. Por eso realizó el entierro a su gusto, no como Edgar quería.

—Es posible, Daphne. Pero no tenemos pruebas de ello. No

podemos acusarle.

—Y él mismo debió matar al doctor Talbot, cuando abandonó la casa a primeras horas de la mañana durante un rato, con el pretexto de pasear, ¿recuerdas, papá? Ya oíste al constable. Está seguro de que alguien provocó el accidente, y luego golpeó en la cabeza al doctor, para rematarle y fingir muerte accidental.

—Pero ¿Por qué al doctor Talbot? —se exasperó Claude Loring.

—Seguramente había hallado un medio de aplazar el entierro, o de tratar adecuadamente a Edgar, por si sufría un ataque de catalepsia. Es un motivo razonable, si Compton quiere entrar en posesión de la herencia, ¿no?

—El maldito Compton… —refunfuñó Loring—. Lo hizo a propósito. No podemos saber si hubiese revivido Edgar…

Me dispuse a entrar, dándoles la buena nueva. Pero me lo impidió lo que Loring dijo a continuación, mirando a las pavesas del hogar:

—Sí, al menos, esto hubiera ocurrido después de tu boda, Daphne, todo sería distinto. La herencia sería toda tuya…

—¿A qué hacer cálculos ahora, padre? —se irritó ella, dando un taconazo en el suelo—. A fin de cuentas, todo nos falló. Si Edgar hubiera sido mi esposo, ni siquiera le hubiésemos dado tiempo a que le llegase su temida catalepsia, papá. Tal como habíamos convenido, *yo me hubiese encargado de matarle.*

*

Nunca pensé que hubiese podido haber algo más terrible y escalofriante que la misma muerte. Sobre todo, una muerte como la que yo estuve a punto de sufrir. Pero ahora mismo acababa de descubrir que cuando uno está saturado de horrores, aún puede surgir otro más, en el momento más imprevisible.

Daphne…

Mi dulce, adorada y doliente Daphne… Ella… ¡*Ella era la asesina*!

Y su padre, sin duda, el que le escribiera aquella carta fatídica desde Leeds, invitándola a matarme. Pero no *antes* de ser su esposo, sino *después.*

Después, porque, de otro modo, ella nunca sería heredera de mis bienes Ahora estaban bien claros los motivos de sus afanes, de su lucha desesperada por volverme a la vida. Aquello destruía totalmente sus planes. Yo no debía morir siendo soltero, sino cuando ella fuese mi heredera directa y única.

Pero ¿por qué?, pensé angustiado. Ellos eran ricos. Más ricos que yo, incluso…

Como si hubiera captado mis pensamientos, Claude

Loring aclaró ahora mis interrogantes de un solo golpe, al hablar

roncamente a su hija:

—Bueno, no mencionemos ya eso nunca más. No se pudo hacer, y es lo que cuenta. Ahora, no sé cómo saldremos de la ruina en que estamos hundidos. Yo confiaba en ese dinero, hija. Esperaba que fueses una mujer rica otra vez…

—Sí, pero no lo pensaste antes, cuando dilapidaste tu fortuna en el juego, en mujeres, en regalos costosos a tus rameras… Padre, has tenido la culpa de todo —le reprochó ella acremente, con un rostro furibundo y cruel, que yo jamás había imaginado que pudiera pertenecer a un ser aparentemente angelical como Daphne —Cuando supiste que James conocía nuestro plan, y había enviado a ese abogado aquí, ya era tarde. Mataste a Jarvis, sí, utilizando ese pasadizo viejo que une nuestra propiedad con la de Edgar, pero eso no resolvía nada porque él estaba ya enfermo de muerte, y lo íbamos a perder antes de lo imaginado. ¡Maldito Edgar, con su enfermedad, su catalepsia o lo que ello fuese!

Había tal odio, tal virulencia y maldad en su tono, que ahora di por bien empleado todo lo sucedido. Había valido la pena la terrible experiencia para descubrir así la verdadera condición de aquella criatura, para mí tan adorable.

—Eso no fue ya culpa mía. Cuando menos, confiemos que James nunca descubra quién escribió aquella carta que tú, tan imprudentemente, dejaste sin consumir del todo en el fuego.

—Veremos si puedo cazar a James ahora —rió Daphne cínicamente—. Si fuese así, aún no estaría todo perdido, aunque Compton se lleve la parte del león en la herencia Lo mejor será olvidar definitivamente a Edgar Haversham. ¡Descanse en paz el muy imbécil!

Y soltó una larga, agria carcajada.

En ese momento resolví aparecer en escena. Ya no tenía que guardar miramientos a nadie. Al menos, no a Loring ni a su hija.

Abrí las puertasbalcón al jardín. Conmigo, entró en la sala una ráfaga de aire frío. Cuando Compton se volvía, atraído por el ruido, les espeté fríamente:

—Ya he vuelto de la tumba. Y he podido oírlo todo. El constable Benson se hará cargo de vosotros dos para que os den vuestro merecido. ¿Sorprendida, querida?

Daphne se había vuelto, lívida como una muerta. Osciló, mirándome con horror. Boqueó, poniendo sus ojos en blanco… y se desplomó en la alfombra pesadamente. Su padre intentó avanzar hacia la salida rápidamente. Jonathan estaba ya allí, con sus recias manos por delante, cerrándole el paso.

—No, señor —dijo mi fiel sirviente—. Por aquí no pasa.

—Ahora llamaremos a todos al salón —sonreí con frialdad—. Será agradable ver el gesto de alguno de ellos… como mi tío Compton,

¿verdad, Loring? Sí, va a ser muy divertido…

Y contemplé, con helada indiferencia, el cuerpo inerte de Daphne, sin molestarme siquiera en ir a atenderla.

*

El constable Benson se llevó aquella mañana a tres detenidos, camino de Stafford. Los Loring y mi tío Compton formaban la comitiva de asesinos. Todos habían confesado, para entonces. Loring, la muerte de Jarvis, Daphne, sus proyectos para asesinarme, cuando fuese mi esposa. Compton, el asesinato de Talbot. Admitió que el doctor le había informado secretamente de los hechos, para que dispusiera todo para aquella noche, a las diez y media, a la hora de volver yo a la vida. Eso firmó la sentencia de muerte de Talbot, a quién eliminó mi tío, como hiciera con mi última voluntad para no renunciar a su soñada herencia.

Pero su arresto y traslado no fue lo más divertido de todo, sino la expresión de él y de algunos otros, cuando me vieron regresado de la tumba. Tío Compton iba bastante impresionado aún cuando Benson se lo llevó a Stafford. Aun no se había recuperado del *shock* que provocó en él mi presencia. Ivory sufrió algo parecido, pero ella nada había tenido que ver en las acciones de su padre, y se libró de la ley.

—Bien, ahora vuelve la paz a esta casa, pero no creo que me quede en ella mucho tiempo, hermano —dije a James, cuando nos quedamos solos.

—¿Vas a marcharte, pese a todo?

—Sí. No hay boda ni luna de miel, pero me voy a Europa un tiempo. Luego, cuando regrese…

—¿Qué harás? —me preguntó mi hermanastro.

—Aún no lo sé. Pero una de las cosas que voy a hacer ahora, es dejarte mi casa como dueño definitivo de ella.

—¿Qué dices? —se asombró James, mirándome atónito.

—Recuerda que os vi y oí a todos, durante mi «muerte» —sonreí—. Y no me defraudaste, James. Mereces algo más que vivir siempre apartado de tu hogar verdadero. Si quieres, vete a Londres. Pero aquí tendrás siempre tu casa, tu propiedad.

—¿Y tú? ¿Qué harás, cuando regreses? ¿Quedarte a vivir conmigo?

—No sé lo que haré. Pero sí voy a rogarte que no despidas a nadie del actual servicio. Especialmente, no permitas que se vayan Jonathan ni Peggy. Él ha sido mi más fie! servidor. Y ella… Bueno, Peggy es diferente.

—¿Tu doncella? —se extrañó James.

—Sí, mi doncella —asentí—. Quiero encontrarla aquí, al volver. Tengo ciertos planes para ella, que tal vez le interesen.

—No será que… ¿que te gusta esa chica?

—No es eso, no. Es que supe algo de ella, mientras dormía mi letargo en ese féretro… Algo que nunca imaginé. Quiero meditarlo serenamente… y tomar una decisión.

—Creo entenderte. Pero lo de Daphne está demasiado reciente, y prefieres esperar…

—Sí, hermano. Veo que sí lo entiendes.

—No te preocupes —sonrió, poniendo una mano en mi hombro—. Peggy estará aquí para entonces. Yo me ocupo de eso. Y tal vez, incluso sepa ya… algo de lo que puede reservarle el porvenir.

—Gracias, James. Vas a ser un buen dueño de Haversham Manor, estoy seguro de ello. Ahora creo que voy a subir a mi habitación a intentar dormir.

—Ve tranquilo, Edgar. Y no vuelvas a pensar en… en la catalepsia.

—De eso puedes estar seguro. Nunca más —suspiré—. Me he curado definitivamente de terrores, quizás porque he vivido el mayor de todos. No, nunca me atormentará eso, te lo aseguro.

Subí a mi habitación. Y, cosa extraña. Poco después, dormía profundamente… y ni siquiera tuve pesadillas ese día.

*

Por eso anoche tuve ese horrible sueño, y me sobresalté.

No quiero soñar de nuevo con ello. No quiero volver a vivir nada del pasado. Pero, afortunadamente, sólo fue un sueño. No he vuelto a tener motivos para temer un ataque de catalepsia. Ni lo temo ya.

Pero no me gustan ciertos sueños. Creo que tengo mis motivos para ello, ¿no?

Incluso con mi esposa, Peggy Haversham, durmiendo a mi lado apaciblemente, no quiero volver a soñar nada parecido. Prefiero soñar con ella. Es mucho más agradable.

Todo en Peggy es agradable. Y tuve que descubrirlo precisamente cuando todos creían que yo estaba muerto…

FIN

[1] Sullivan fue un gran actor teatral de Londres, el siglo pasado, cuya fama ha quedado en la historia del teatro inglés como una figura decisiva del arte! dramático. (N del A)